

El juego de Borgino.

Duilio Luraschi

A Verónica y Jimena.

1- El hombre llegó a su casa.

El hombre llegó a su casa, llevaba un sobretodo espigado y el diario de la tarde bajo el brazo. Abrió la puerta y entró en la sala; su esposa lo esperaba, impasible, desde las seis o seis y media de la tarde. Estaba absorta en su mundo y miraba una revista de modas. Era una de esas revistas que el diariero entrega por semana, sin necesidad de suscripción, a un precio fijo. Ella estaba echada sobre una *bergère*, arrellanada, tenía las piernas extendidas y apoyadas sobre una silla y la cabeza inclinada hacia una lámpara de pie de hierro con cristales rojos. Él se sentó a un lado, en una butaca y procuró no molestarla con nada que desviara su atención de la lectura; sin embargo observaba a la distancia esa revista que ella sostenía con pericia.

–¿Estás viendo fotos de Hawaii? –dijo él.

–Sí.

–¿Por qué Hawaii? –preguntó.

–¿Te molesta?

–No –dijo él.

–Quiero.

–¿Querés ir a Hawaii?

–No. Que te moleste.

El hombre se estiró sobre el asiento, miró la sala como quien no mira nada, se alisó la línea planchada del pantalón, tomó la caja pero no sacó ningún cigarro y echó una especie de suspiro. De pronto miró con más atención y giró la cabeza hacia donde estaba ella.

–¿Podría pedirte un favor? –le dijo, como si se tratara de una confidencia.

–Hoy no es día de favores –dijo ella, sin que dejase de hojear la revista.

–¡Vamos! Hice siempre todo lo que me pediste y te hubiese dado lo que quisieras. ¿Qué te hace falta?, decime, ¿qué te hace falta?

–Esto huele a chantaje.

–No, para nada. Te lo juro. Pero vos sabés... una mano lava la otra y las dos lavan la cara.

–No te pongas sarcástico, no hace falta.

El hombre se estiró, una vez más, y juntó los nudillos de sus manos; parecía alguien que estuviese por hablar frente a una gran audiencia. Hizo bastante aspaviento con el ceño fruncido sobre dos ojos redondos y chiquitos, por fin dijo:

–Quiero ir contigo a la fiesta de Lasalle.

–¿Por qué? Nunca voy a las fiestas que organizan en tus trabajos.

–Por eso es un favor muy especial. Hay gente importante con la que tengo que conectarme. Esta es mi oportunidad.

La mujer levantó su cabeza de la revista y se lo quedó mirando, lo miraba como quien observa una pantalla en blanco. Se hizo un silencio prolongado, ella se acomodó y dijo:

–No digo que sí, pero ¿cuándo sería eso?

–El viernes

–¿Este viernes?

–Sí.

–Ni loca. No tengo ropa.

Él se incorporó. Parecía decidido. Le dijo, ahora con algo de bríos:

–Es un favor muy especial.

Ella dejó la revista a un lado y miró al hombre, lo tanteaba con los ojos, lo medía con emoción pero con la perspectiva de alguien que negocia una alfombra antigua en el mercado en Marruecos.

–¿Puedo tomar? –preguntó.

–Un poco.

–¿Cuánto es un poco? –preguntó.

–Solo con que no te subas a bailar arriba de las mesas está bien.

–Entiendo.

El hombre carraspeó. Fue como para hacerse con algo de fuerzas.

–Son unas pocas horas. No creo que estemos más de tres horas.

La mujer le pasó las yemas de los dedos por la camisa a bastones celestes y azules; el hombre olía a loción y tabaco.

–¿Y me vas a pagar? –dijo, de golpe.

–Pero vos sos mi esposa.

–Es una salida especial. Vos lo dijiste.

El hombre retrocedió.

–No sabía que era tan difícil salir contigo.

–No es difícil. Pagás y listo.

El hombre la miró desde su propio sitio de pequeño magnate; tenía un dejo de intolerancia en los ojos. Entonces preguntó:

–¿Cuánto le cobrarías a un amigo?

–Vos no sos mi amigo –dijo ella.

–¿Cuánto? ¿De cuánto hablamos?

–Mabel. La señora que limpia.

–¿Qué?

Ella se paró y puso sus manos sobre las caderas.

–Cobra doscientos pesos la hora más el ómnibus, claro.

Él recapacitó.

–Son tres horas.

–Más lo que me lleva arreglarme.

–Redondeamos en cuatro horas. ¿Ochocientos pesos por salir a una reunión? ¿Eso me estarías cobrando?

–Más los dos boletos –dijo ella.

–¡Pero si vos vivís acá!

–Es el precio. Doscientos pesos la hora más dos boletos.

–¿Último precio?

–Sí.

El hombre se pasó una y otra vez la mano por la frente.

–Andá probándote los vestidos –le dijo.

–Es el viernes. Con que me los pruebe el jueves está bien.

–Bien.

La mujer tomó la revista que estaba sobre el sillón, la hojeó o hizo que la hojeaba. Después la dejó otra vez sobre uno de los reposabrazos, donde se encontraba tirada, hacía unos instantes. Se miró la cutícula de las uñas. Era un gesto inconsciente que hacía a veces, sobre todo cuando estaba interesada por algo. Después le dijo:

–¿Y los ochocientos cuarenta pesos?

–¿Por adelantado?

–Psí.

Él abrió la billetera y tomó algunos billetes; se los dio. Ella los aferró con fuerza. Después se rieron, rieron un buen rato. La abrazó y se sentó, estaban uno junto al otro.

–Vamos a comer algo –dijo él.

–¿Vamos a salir? –preguntó ella.

–No. Traé lo que haya de cena en la cocina.

–No hay nada.

–Bien.

–Vamos a comer afuera –dijo ella.

–¿También tengo que pagar yo?

–No. Yo invito –dijo, y rio.

El hombre se paró y fue a abrazarla, pero la mujer ya había dejado su sitio y caminaba hacia la puerta. Tomó el abrigo que había colgado en el perchero y se cambió de calzado; acostumbraba a dejar más de un par de zapatos a un lado de la entrada. Él la siguió y eligió la chaqueta azul, la prefirió al sobretodo espigado. Salieron.

Caminaron hacia la calle Vélez. Buscarían un restaurante no muy caro y que no estuviese iluminado con filas de tubo lux ni tuviese manteles de plástico sobre las mesas. Caminaron por Gral. Vélez y luego tomaron Urquiza, a mitad de la cuadra vieron un carro tirado por un caballo; estaba casi sobre la vereda. Tenía dos ruedas de automóvil y cargaba chatarra, botellas y cartón. El caballo se había detenido y no quería dar otro paso. Un niño, que era el único recolector que había en el carro, golpeaba al animal con las riendas, húmedas y pesadas, y con una vara de acacia. El animal no se movía y daba, de vez en cuando, una patada contra el carro. El niño más se enardecía y lo golpeaba más fuerte y con más saña.

La mujer le dijo al hombre que detuviera esa paliza, pero el hombre le dijo que no podía hacer nada. Ella se enojó no solo con él sino con el niño y con el padre del niño, y con el Municipio y con todos los trabajadores municipales y con todos los hombres del mundo, pero tampoco dijo palabra y los dos cruzaron frente al carro con miedo a que el caballo se desbocara justo cuando ellos estaban delante. Una vez a una distancia prudencial la mujer dijo:

–No debería existir tanta miseria.

El hombre encendió un cigarrillo y tomaron la calle Libertador hasta el restaurante Los cedros; el local estaba casi vacío. Era un típico sitio de mesas en penumbras y música de fondo. Pidieron pasta –era la especialidad de la casa–, ella pidió *sorrentinos* y él ordenó *capeletis* con salsa de tomate y ajo. El mozo sirvió las copas.

–Anoche soñé que Dios se moría –dijo ella.

–¿Sí?

–Eso me daba una gran angustia y quería despertarme, pero no podía. Dios se estaba muriendo y yo no podía hacer nada.

–Todos somos capaces de hacer un buen juego.

–¿Decías?

–Nada importante.

Ella se sirvió un poco más de vino, él pasó dos dedos sobre la servilleta. La miraba y pensaba en la fiesta. Lasalle era un tipo importante y conocía a gente vinculada con el antiguo trust del azúcar y de las bebidas refrescantes, pero había sobre todo dos personas, dos gerentes de sucursales de provincia a los que él quería contactar. Uno por el manejo de la situación que hizo en el caso Mendizábal y otro por su cercanía con el Alcalde.

Cenaron pero no pidieron postre. Ella tomaba café y él fumaba un cigarrillo, cuando la mujer dijo:

–¿Podemos ir a otro sitio?

–¿No te gusta este lugar?

–Sí, pero quiero estar en otro sitio.

Pagaron y salieron. Caminaron por la calle del Libertador hacia la zona de las grandes tiendas; estaban todas cerradas. Algunos avisos de luces rojas y azules todavía iluminaban parte de la acera. Ella se detuvo frente a un comercio que vendía ropa para niños, se quedó

mirando un buen rato la vidriera. Después se acercó a él y lo tomó del hombro y la espalda y siguieron caminando. Estaba fresco pero no hacía frío; caminaban en silencio. Un hombre se aproximó desde la vereda de enfrente, los paró para pedirles dinero. Tenía la cara triste de quien se ha tomado todo lo que tenía o tuvo, en algún momento. La pareja lo esquivó y siguió caminando en silencio. Marcharon así una o dos cuadras, entonces ella dijo:

—Tomás. No quiero contrariarte, pero me agota la idea de ir a la casa de Lasalle.

—Te entiendo.

—Sabés que iría a cualquier sitio contigo, pero...

—Ya me cobraste, ¿te acordás? Y por adelantado —dijo él.

—Hablo en serio.

—Yo también.

Los dos siguieron caminando del brazo, doblaron en la calle Vélez, estaban seguros de que llegarían hasta su casa sin sobresaltos. Caminaban sin apuro, a ella se le veía cierta perturbación en la cara, si había algo que le incomodaba era cualquier cosa que saliera de su rutina. Si bien la ida al restaurante no estaba en sus cálculos iniciales del día, no era algo que no hiciesen a menudo, sobre todo cuando había atún para la cena; sin embargo llevaba grabada esa cara de congoja.

Tomás era un hombre sensato, pero el tema de la fiesta en la casa de Lasalle era un tema que consideraba zanjado; era inútil cualquier queja o súplica, no cedería y se quedaría con su juego de tres reyes.

Unos metros antes de que llegasen a la esquina de su casa los paró otro tipo. Era un hombre más bien bajo.

—Buenas noches.

Ellos no contestaron. Entonces repitió:

—Buenas noches... ¿o tendría que haber dicho: los estaba esperando?

El hombre y la mujer apenas lo miraron. Tomás dio un paso a un lado, ella se aferró a su brazo, y él se mantuvo en silencio.

El individuo que los estaba intimidando buscó entre sus ropas una caja de cigarros. La abrió y sacó uno; tenía el filtro algo torcido. Lo encendió, aspiró, y echó la bocanada enorme sobre su cabeza.

El hombre, sin dejar de aferrar a su esposa por el brazo, le dijo:

—Hugo.

—Tomás. ¡Tanto tiempo!

—Hola, Hugo —dijo ella.

—¿Qué tal, Luisa?

Se produjo otro silencio. Fue profundo, tirante. La brisa se había vuelto viento y la temperatura había bajado unos cuantos grados.

El hombre bajo y grueso, a quien la pareja llamó por su nombre, llevaba un perro atado con una correa. Era un perro muy feo y pequeño.

Los tres permanecieron un par de minutos en silencio y luego caminaron en dirección a la avenida La Paz. El tipo del perro los invitó a tomar una copa. Ellos, sin duda, hubiesen preferido evitarlo, pero aceptaron y lo siguieron. Entraron en un bar nocturno de esos que tienen máquinas tragamonedas, *flippers* y una o dos mesas de billar; había poca gente.

Se acercaron a una de las mesas redondas, diminutas, que tenía el local. Estaba vacía pero llena de migas y manchas de vino. Permanecieron de pie hasta que llegó la chica que tomaba los pedidos, y le pasó un trapo a la mesa y puso un servilletero, un frasquito con sal, la lista del menú y cuatro posavasos. Tres hubiese sido suficiente, pero

era costumbre del lugar poner cuatro posavasos. La joven sonrió y se los quedó mirando. Entonces se sentaron. El hombre –a quien la pareja había llamado Hugo– le dijo a la muchacha:

–Tres vasos con ron añejado, por favor... y para Arturo una barra de cereales con miel.

Había dejado al perrito atado a la reja de la puerta de entrada.

–¡Tantos años! –dijo.

–Sí, muchos.

–Ustedes están iguales.

–Gracias, Hugo –dijo ella.

–En definitiva... –dijo Tomás.

–En definitiva los esperaba para hablarles del *Borgino Riviera Inn*.

–Una historia antigua.

–Tan vieja como actual. Resulta que Tenuta apareció de la nada y se mudó a una casa en la calle Avellaneda. Preguntó por vos y pide una parte de aquel dinero. Parece que vive con más plata de la que puede. Además tiene problemas con el alcohol. Vive borracho y pasado de pastillas.

Frente a su mesa tres jóvenes comían papas fritas de una canasta pequeña. Eran tres muchachas que no llegaban a los veintidós o veintitrés años. Vestían de manera informal, con ropa linda pero gastada, sin pintura en la cara ni caravanas y sin mayor arreglo para la ocasión, sin collares ni perfume. Aferraban las papas con dos dedos y las sumergían en mayonesa una y dos veces, y metían en la boca varias a la vez. Luego se pasaban los dedos por los muslos o por las mangas. Hablaban entre ellas y sonreían; no miraban nada a su alrededor, parecían inmersas en su mundo.

–¿De cuánto dinero hablamos? –preguntó Tomás.

–¿Lo que él reclama?

–Sí.

–Doscientos mil.

–Mucho.

–Sí, es mucho –dijo.

Uno de los muchachos que jugaban al billar fue hasta la máquina de discos y puso una canción. Era una canción romántica. Era melosa, suave y la letra sonaba bastante ridícula, pero a todos, en la mesa de billar, les pareció que ésa era la música adecuada. Las jóvenes que comían papas fritas no notaron la diferencia entre el murmullo anterior y la canción que recién empezaba, a Tomás, a Hugo y a Luisa le resultó no solo un hecho menor sino innecesario, o al menos irrelevante.

–¿Doscientos mil? –preguntó Tomás.

–Sí. Es lo que él calcula.

–Calcula mal... Es evidente que hay que hacer algo con esto.

–¿Habla con Ramírez? –preguntó Hugo, esta vez.

–No. Yo lo arreglo.

El muchacho del billar fue hasta la caja y pidió dos fichas más para la máquina de discos. Sus compañeros de mesa reían a los gritos y se daban golpes en los brazos y en los hombros. Hugo pidió la cuenta y los tres se fueron en silencio. El perrito esperaba en la puerta de entrada; se había echado en el piso. Se despidieron con un saludo muy breve.

De regreso, Tomás y Luisa no dijeron una palabra. La calle estaba casi vacía. Pasaron por zonas de oscuridad y bajo picos de luz, frente a locales cerrados y detrás de las paradas de taxi, por fin llegaron a su casa.

–¿Una copa?

–No, ya es suficiente por hoy.

–Lo de Lasalle... —dijo ella.

–No te preocupes por Lasalle. Ahora tengo otro tema que solucionar.

–¿Querés que te devuelva el dinero?

–No estoy para bromas.

Ella entendió que tenía que dejarlo solo y subió hasta el dormitorio, cerró la puerta al pasar pero mantuvo la luz de la escalera encendida. Él tomó con rabia el teléfono, que se encontraba sobre la mesa auxiliar, esperó y después hizo una llamada. Nadie contestó al otro lado de la línea. Volvió a discar. No hubo respuesta, tampoco.

2. Lunes, tres de junio.

El día se presentaba agradable pero Camila aún no acababa de desperezarse y le venían como en oleadas esas ganas de no hacer nada y ante eso, otra vez, claudicaba inexorablemente. Pensaba: lunes, tres de junio, es un día soleado. Anoche tuve un sueño feliz, pero no puedo recordarlo. Es inútil. Hay varias cajas de libros cerradas, apiladas sobre sí, en el suelo de la cocina. Las trajeron hace casi dos semanas pero no las abrí, no tuve tiempo todavía para todo eso. El apartamento es chico pero está bien iluminado. El sol da en la sala toda la mañana. Tiene dos ventanas enormes que siempre están con las cortinas abiertas, y ya sé que les faltarían unas persianas o celosías, pero me gusta así. Es un apartamento muy cálido, con piso de madera y zócalos lustrados. Es justo lo que le hubiese gustado a Elena. Pero ella no es de esas cosas en las que debo pensar ni en las que tengo por qué preocuparme. No ahora. No más. Estoy todavía en la cama. Parto el pan con las dos manos y me voy comiendo los pedazos. Doy vueltas de aquí para allá. El día es agradable y tengo que ir pensando en hacer las paces conmigo misma. Quiero sentirme feliz y mantener un nivel de tolerancia mínimo con todo lo que me rodea. Tengo que llevarme bien con la gente en el trabajo, con los vecinos del edificio y con casi todas las viejas y viejos de la cuadra. Sé que debo ser más sociable y menos irascible, y también un poco más conciliadora, pienso. No digo que deba agradarle a todo el mundo, pero tengo que evitar la agresividad desmedida que pongo en todas las cosas y sobre todo esos días de furia. No quiero tener que pasarme otra tarde en la comisaría. Me

levanto. Tengo que tomarme mi tiempo. Camino con la pereza de quien tiene todo un fin de semana por delante. Estoy rubia. Hace dos días que estoy rubia. Me miro al espejo cada vez que entro al cuarto. No tengo ganas de ponerme a hacer la cama: estoy medio dormida. Felicia está hecha un ovillo a los pies y no tiene intenciones de levantarse. El sol da sobre la parte de arriba de la ventana de la habitación a esta hora. Es como si todo se hubiese conjurado para decirme que tengo que estar de pie, que no puede invadirme ese deseo inútil de meterme de nuevo entre las sábanas. Tengo que hacer algo más productivo este día, diría tengo que hacer algo con mi vida. Me levanto. Me voy a la cocina y preparo un café instantáneo. No lo bato porque no tengo tiempo o sólo porque no tengo ganas de batirlo. Está un poco frío. No frío, pero sí tibio. Lo tomo todo, de todas formas. Felicia está muy cómoda, enrollada entre sus patas, no tiene la menor intención de levantarse y me incita a que me tire en la cama de nuevo. Muy pronto van a dar las diez. Busco algo de música en la radio. No hay nada bueno. Busco otra vez. No hay nada. La apago. Creo que va a ser otro día más para el olvido. Es como que todos los días se suceden y no consigo un momento de conciliación, un rato que pueda decir “esto es mío”. Solo quiero un día en el que pueda pensar: “disfruté este momento” o por lo menos “fui feliz por un ratito”, como había sido tan feliz anoche, en ese sueño. Quiero e intento recordarlo, pero es imposible. Camino descalza por el apartamento, paso de un lado al otro. Todavía me falta un toque de energía, ganas de hacer algo. Miro todas las cosas como si no las hubiese visto nunca en la vida, como si fuese ajena a todo, a ella, a esta casa. Es hora de darme una ducha. Dejo la taza sobre la mesa de luz y me preparo mentalmente para comenzar el día. Hay muchas cosas que no quiero recordar. Elena es una de esas. Me armo de coraje y voy

de la cama al *placard* y de ahí al baño. Llevo la ropa que elegí sin el mayor esmero. La dejo sobre la tapa del váter. Abro la canilla de agua caliente. Espero a que un buen chorro salga con fuerza. Después abro la otra canilla y voy regulando la temperatura y la intensidad de la lluvia. Todavía no tengo intenciones de meterme bajo el agua. Desprendo los broches, aflojo los cierres necesarios, y dejo que caiga la ropa en el piso. Acerco al borde de la bañera el frasco de suavizante y el de champú. Meto una mano bajo el chorro de agua y después me paro bajo el pico de la ducha. El agua recorre todo mi cuerpo, lo va lamiendo despacio. Pero hay instalado en mí un sentimiento ambiguo. Es como estar en el mar pero en la orilla. Siento la misma sensación que un caracol en medio de una pecera fría. Los ruidos se van. Solo puedo escuchar el chorro de agua que cae con fuerza. Dejo que corra por todo mi cuerpo y empiezo a enjabonarme. Hay un gran silencio alrededor, como si fuese una cosmonauta soviética en medio de la nada, en la oscuridad, rodeada a lo lejos por un sinfín de astros blancos. Es el mismo silencio exterior que solo es quebrado por el rumor del agua. El chorro golpea mi espalda y quiero olvidarme de todo, así, así, quiero que mi cabeza deje de hacer tanto barullo. Necesito estar sola, en paz, de una vez y para siempre. Deseo el deseo. Quiero estar en otro sitio, sonreír. Espero no comerme todos los santos días que me quedan yo sola, en este encierro. Quiero salir. Quiero volar. Realmente no sé lo que quiero.

3. Había hecho varios negocios nimios.

Tomás había hecho varios negocios nimios en su vida, con resultados distintos y con más o menos riesgos y ganancias, pero había un emprendimiento concreto que no había sido del todo legal, en el que se había metido hasta el cuello casi sin darse cuenta. Cuando el desenlace llegó a su fin y se fue decantando lo que no servía de lo que sí, se vio en un gran lío fiscal que mitigó con la ayuda de Mendoza, su abogado de confianza. Vendió todo lo que pudo e hizo el dinero suficiente para mudarse a un barrio mejor y olvidarse del asunto. Ya había dejado atrás el puerto, la oficina interior de la calle Piedras y su secretaria gorda y seria que se llamaba Mina. También había olvidado –al menos eso creyó– el ascensor de tijera, el pasillo, la azotea con humedades y todos esos quehaceres que se había propuesto enterrar en el momento indicado, pero algo del negocio del *Borgino Riviera Inn* lo perseguiría toda la vida. Encendió un cigarrillo, pensó en Salinas. Otro día de pérdidas en el Mercado. En definitiva Luisa podría llegar a entenderlo y no habría mayores daños que una vaga desilusión. Mina solía recordarle: solo flores amarillas para su cumpleaños; nunca rosas rojas; no. Sabía que no podría arreglar todo con dinero pero sí encontraría para todo una solución. Mendoza: la lógica de las cosas hechas. Era de noche, hacía frío, en cualquier momento empezaría el invierno; el mar golpeaba con saña sobre la orilla y contra el muro del muelle del *Yacht Club*, a pocas cuadras de su casa. La oscuridad cubría todas las calles, había olor a sal y a leña quemada.

4. Tomás estaba sentado.

A los conflictos económicos los sazonaba con dolencias de todo tipo, pero había algo en particular que lo llevaba casi a la desesperación y eso era su problema en la vista. Lo angustiaba tanto como el devenir en los juzgados penales por el *Borgino Riviera*.

Tomás estaba sentado en una silla verde de plástico en la sala de espera de un hospital privado, estaba desde hacía un buen rato, esperaba que lo atendiera el oculista. Al lado se había sentado una persona mayor –era una mujer que alcanzaría los setenta– y un hombre de aspecto de ratón, con la cara enmarcada por unos anteojos gruesos de aumento.

La mujer hablaba con el hombre. Charlaba con él en forma animada, como si estuviese en una fiesta o en un mercado. Levantó con cierta ceremonia una mano sobre su cabeza y se alisó el pelo, achatándolo, entonces dijo:

–Rosas blancas.

–¿Dónde queda la iglesia de Santa Lucía?

–No sé –dijo ella.

–¿Dónde lleva las rosas, entonces?

–A la parroquia de San Pablo y San Juan.

–Pero, ¿no me había dicho que se las deja a Santa Lucía? –preguntó el hombre.

–Sí, claro. Ella tiene un altar menor, junto a una arcada.

–¿En la iglesia de San Pablo y San Juan? –preguntó, el hombre de lentes.

—Sí.

—Ahora entiendo.

—Sí. Rosas blancas. Ella es muy milagrosa.

Tomás trataba de leer. Había llevado un libro cualquiera que tomó de un estante de la biblioteca de Luisa.

—Dicen que es la santa de la vista —dijo el hombre.

—Sí, y es muy milagrosa —repitió la mujer— pero una tiene que poner un poco de su parte, claro.

—Sí, claro.

—¿Usted reza? —preguntó la mujer.

—Muy poco.

—¿Muy poco?

—Nada.

Se abrió la puerta del consultorio y salió una joven con una túnica hasta las rodillas. Sin mirar hacia la sala, leyó:

—Abeldaño.

El hombre que había estado conversando se paró y saludó a la mujer devota con sencillez y algo de reserva, ella le correspondió con un gesto impreciso que le frunció un poco el ceño. Enseguida se acomodó en el asiento y siguió con lo que la atareaba. Tomás entonces sí pudo volver a la lectura; era un libro más bien liviano, de viajes y paseos. Leyó dos o tres párrafos y después se puso a pensar en el asunto de Tenuta y el dinero del *Borgino Riviera Inn*. Era algo que lo tenía un poco alterado y había dormido muy mal en los últimos dos o tres días. Leyó sobre su hombro el manojo de estampitas que tenía la mujer, a su lado: *Oh Santa Lucía, protege mis ojos y conserva mi fe*. Luego se puso a mirar la sala como quien busca algún indicio. No sabía qué debía encontrar pero siguió la línea imaginaria que separaba cada persona y cada cosa.

Después se entretuvo con la luz reflejada en un vidrio azul que estaba apoyado sobre la mesa baja y con las moneditas de todos los valores y tamaños que tenía en uno de los bolsillos del saco. Pero Tenuta se colaba entre los objetos y sus devaneos y entre todas las palabras de ese libro que nunca alcanzaba a leer; solo pasaba la vista por los párrafos como pasa un dedo sobre la mesa la suegra del ama de casa. Cerró el libro, cerró los ojos, y quiso no encontrarse más ahí y trasladarse imaginariamente a otro sitio.

Por fin salió la joven con la lista de los pacientes y escuchó primero su apellido y luego el nombre.

La sala del doctor era muy blanca y muy sobria, había un suave olor a desinfectante. A un lado del escritorio estaba la camilla y al lado una silla, también blanca, ubicada a fin de dejar allí el abrigo o el equipaje. El médico tenía voz de sapo.

–¿Desde cuándo tiene este dolor?

–Desde hace mucho tiempo.

–¿Mucho?

–Bastante.

–¿Arde? –preguntó el doctor.

–No.

–¿Ve doble?

–Tampoco.

–¿Cuándo fue su última revisación?

–Hace mucho.

–¿Problemas con la presión?

–También. Hace mucho tiempo.

El médico se incorporó y Tomás levantó los ojos.

–Tengo que mandarle hacer algunos análisis.

–¿Es algo delicado? –preguntó.

–Primero quiero sacarme una duda. No creo. Vamos a ver.

–¿Seguro que no es algo delicado?

–Primero quiero ver esos análisis.

5. Tengo un inmenso dolor.

Camila estaba acostada, vestida pero descalza. Pensaba: tengo un inmenso dolor. Pienso que hoy dije algo indebido, reprochable. No sé muy bien lo que fue, pero la cara de Matilde delató que había metido la pata de una forma espantosa. Ana no sabía nada de nada o no entendía de qué iba todo ese rollo o tal vez solo no le importaba demasiado. Me gustaría rebobinar todo lo dicho y volver más atrás y meterme en la cama y no salir por varios días, quisiera que nunca me hubiesen convencido con la idea de ir al bar y comernos todas esas papas fritas con mayonesa. Nada muy fuerte, les dije: cerveza está bien. Ese fue el comienzo. Pero estoy segura que hice algo que no debí hacer o dije algo de forma indebida. Matilde bajó la cabeza y se puso a girar el vaso sobre sí mismo. Me da terror solo el hecho de que estuviese enojada conmigo, de haberla ofendido con algo de lo que dije, que estuviese decepcionada de mí, de todo lo que represento. Me da mucho miedo. Estaba segura de que había aprendido a convivir, que no me pasarían otra vez todas estas cosas. Se me hizo un nudo en el estómago, como si tuviera una piedra, y pensé que tenía que irme a algún lugar, no sé a dónde, a cualquier sitio lejos, muy lejos, pero seguí sentada comiendo las papas de la canastita de mimbre, con los codos apoyados en el borde de la mesa. Cada vez estaba más desquiciada. Me dieron ganas de llorar, de no hacer nada y ponerme a golpear todas las cosas y no moverme nunca de ese banco. Quise ser invisible o volar, como un insecto, como una nada. Quería llorar. Quería cortarme con un cuchillo el dorso de las manos. Había intentado no contarle nada a Matilde, de

qué sentía y cuánto extrañaba a Elena, de las clases de historia. Se lo ocultaría, claro, no sé por qué, pero no le diría nada. Estoy segura de que ella podría entenderlo. ¿Por qué no? Pero de todas formas no toqué el tema del apartamento ni de las cajas de libros que se iban apilando sin que nadie tocase ni una hoja. Me tendría que haber quedado en la cama, comiendo algo riquísimo y engordar sin límite como una osa y no encontrarle el menor sentido a la vida, pero era un hecho que tenía que salir de mi casa y caminar, ver a otra gente. No tengo ganas de nada, no quiero seguir escuchando lo que dicen todos acá. No quiero, sé que no quiero. Tengo toda la boca espesa y reseca. Tengo ganas de vomitar, de estar sola y en silencio, estar tirada en la cama y dormirme, me quiero morir, quiero cerrar los ojos y que así, ¡zas! todo desaparezca. No puedo pensar, no puedo escaparme de mí misma. Tengo algo en el pecho, siento una palpitación, es algo muy fuerte. Me ahogo en el silencio. Todo gira alrededor y pienso en Elena. Quiero al amor. Quiero el deseo.

6. Se pararon delante de la puerta.

Por fin había llegado la noche de la reunión en la casa de Lasalle y Tomás no podía creer que estuviese tan cerca de lograr uno de sus objetivos a corto plazo. Ante todo serenidad, había pensado, las cosas se van a ir decantando por sí mismas. Luisa había llevado un vestido verde oscuro, y se mostraba algo retraída o perezosa. Se pararon delante de la puerta de entrada, sabían que llegaban tarde. Habían tomado un taxi, que pidieron por teléfono, Tomás no quería manejar a causa de la tormenta: la lluvia impedía que se pudiera ver con claridad siquiera la vereda de enfrente.

–Soy un desastre de persona así, en este estado –dijo ella.

–Sos un desastre de persona.

–Entonces ¿por qué me trajiste?, me querés decir.

–Ya vienen.

–Querés decir que tengo que callarme.

–Ya vienen –le dijo.

Los recibió un hombre muy mayor, que parecía albino. Se quitaron los abrigos y pasaron a la antesala donde había una mujer muy joven tirada en un sillón, llorando sin consuelo. Se pasaba los puños por la cara, enrojecida; parecía desesperada. No le dieron al hecho más importancia que la necesaria y llegaron a la sala donde Tomás saludó a otra mujer, era alta y delgada y se llamaba Brenda; le dijo a Luisa que era la esposa de Lasalle.

–¿Su marido? –preguntó Tomás.

–Anda por ahí. Seguro ustedes querrán escuchar a los músicos...

–¿Por acá? –dijo, y señaló.

–No, en el salón de juegos. ¿Whisky?

–No, gracias.

–Sí –dijo Luisa.

La mujer alta los dejó detrás y Tomás se adentró en la fiesta, miraba todas las caras para poder pararse y saludar efusivamente a cualquier persona con la que se cruzara y lo pudiese reconocer.

–Prometiste que no ibas a tomar mucho –le aclaró.

–Psí.

–Supongo entonces que te puedo dejar sola.

–Siempre estoy sola.

Llegaron al lugar donde estaban los músicos; tocaban de forma animada. Había solo tres o cuatro personas observando, en silencio. Luisa se separó y Tomás empezó una búsqueda patética que no pararía hasta después de los postres. Lasalle nunca apareció o al menos no lo vio en la cena o en alguna de todas esas habitaciones que se sucedían en su recorrido de la casa. Pudo ver a una de las personas con las que quería contactarse por lo menos seis o más veces, pero siempre formaba parte de grupos enormes o estaba con algún colega sumergido en una intensa charla, casi en secreto.

–¿Whisky, señor? –preguntó un mozo.

–No, gracias.

No podría cambiar un par de ideas con Lasalle; no ese día, por lo menos. Parecía que todo por lo que había luchado se iba desvaneciendo, a medida que avanzaba la noche, y ya empezaban las primeras horas de la madrugada. Dio dos giros más sin sentido, con pocas ilusiones de encontrarse con los dos gerentes, siquiera. En el balcón que daba a la piscina –entonces vacía– había un hueco donde

protegerse del frío; se detuvo unos instantes para contemplar la fiesta desde arriba. Podía, así, tomar su propia perspectiva de los hechos que se iban sucediendo.

Vio, una vez más, a la mujer de Lasalle

–¿Cuánto le costó esta casa? –preguntó él.

–¿Con parque y todo? Dos millones seiscientos.

–¿Qué?

–Dos millones seiscientos mil, con el parque.

–Es un buen lugar para poner un casino –dijo él.

–Sé que a usted le fue muy mal en ese rubro.

–Pérdidas, ganancias. El dinero va y viene.

Después del café se reencontró con Luisa, estaba borracha o por lo menos se había excedido un poco con la bebida. Le faltaba un zapato y llevaba el otro en la mano.

–Nos vamos –dijo él

–Sí, vamos.

Recogieron los abrigos y salieron a la puerta, había dejado de llover pero hacía bastante frío. Le pidieron al hombre viejo de la entrada que llamase a un taxi desde la recepción. Cuando llegó el coche bajaron a la calle.

Tomás le dio al chofer la dirección.

–¿Por dónde quieren ir? –preguntó el hombre.

–Por el camino que resulte más corto.

7. Miro el pez.

Miro el pez, está en la pecera. Da una enorme cantidad de bocanadas de nada en medio del agua fría, solo. Miro al pez: es un pez rojo. La cola, como si fuese un velo, flota plácidamente en el agua. Está en el medio de la pecera y espera. Espera a que yo me vaya a otro sitio y lo deje ahí, con su vida y sus innumerables y rítmicas bocanadas de nada. Hay una línea muy delgada entre el desayuno del hotel y las tantas veces que le dije que no volvería a pisar Roma. Ella lo entendió de algún modo. No fueron necesarias para eso tantas palabras. Un poco de eso se trataba todo: de la confiabilidad, no del cuchillo. Hasta que hice mierda lo que había escrito con la mano con el codo. La frialdad de su silencio en el avión y los rítmicos pasos apurados en el aeropuerto. Luego se nos interpuso otra vez el ya definitivo silencio. Como un estanque en un jardín japonés o un iceberg o un abrevadero. El planetario vacío en invierno. La costa. Unas pocas palabras de más. Una fina línea gris y lo demás es pura mierda. El mismo nicho. Vale todo, diría Raquel, vale todo. Estaba ahí ya todo dicho. Lo miro otra vez. Está impertérrito. Es un tonto pez rojo que me mira como si me estuviese mirando a los ojos, y yo no tengo a dónde ir. Aunque quisiera no hay lugar donde me quieran. Miro a uno y otro lado y estoy sola. Me siento devastada. Y ahí, orgulloso, en su pecera de vidrio: el pez. Como un soberano en su sitio. Un verdadero Cristo Rey. Entonces me acerco y vacío mi vaso de vodka en el agua. Me voy. Camino, despacio, hacia la sala del piano.

8. Estaban sentados en la sala.

Estaban sentados en la sala, leían en silencio, cada uno en su mundo; Tomás con el diario de la tarde y ella con una revista de moda. A un lado, junto al bargueño, se encontraba el televisor; era uno de los grandes y estaba encendido a un volumen considerable. Habían puesto un programa de preguntas y respuestas que nadie veía ni estaba escuchando: era solo como un zumbido exterior, algo que podía existir ahí, sin incomodarlos, fuera de sus cabezas. En la calle hacía bastante frío pero adentro las habitaciones se encontraban templadas y había olor a leña quemada, piñas y ramas. También olía a lasaña, que se calentaba –sin mayor apuro ni atención– en el horno a gas, regalo de una tía abuela de la ciudad de Minas. Eso –la mera acción de regalar– había ocurrido hacía ya bastante tiempo, cuando la boda y la celebración. La cocina vieja a gas representaba el vasallaje de los últimos años de sus vidas. Tomás y Luisa, estaban así, y podrían estar en silencio por más de dos o tres horas seguidas. Él estaría pensando en sus negocios y ella en lo mal que estaba su ropero en cuanto a zapatos y botas. Los dos solo dejaban que el prolongado fin de semana terminara y así, de una vez por todas, cada quien volvería a sus ocupaciones diarias. A veces la noche del sábado se volvía innecesaria y totalmente insoportable.

Días prósperos eran los del jardín de invierno, entre las azucenas, pero de eso hacía demasiado tiempo; solo quedaban –apenas– unas pocas fotografías. Luisa en el parque japonés, Tomás de la mano de Luisa frente a la puerta del tren fantasma, las hermanas Clara y Celia

Solé, las vacaciones de Laura en Bulgaria. Una foto sin fecha donde solo se ve, claramente, la torre de los ingleses. Los niños y las bahianas, el gordo Bautureira con un destapador en la mano.

Tomás ya lo podía notar: esos serían los años más largos y anodinos de su matrimonio con Luisa. El silencio, una vez más, va asentándose en toda la casa.

9. Estoy en casa.

Estoy en casa. Me trajo Matilde en su coche. La invité a pasar pero no quiso, estuvo parada detrás de la puerta de entrada hasta que la cerré con las dos llaves. Cuando quise ver tenía por lo menos dos luces que no encendían: la del cuarto y la de la cocina. Debe de ser los fusibles. Empecé a buscar las velas, sé que las puse en algún sitio pero la cerveza me hace ver las cosas más turbias u oscuras. Tengo náuseas pero no ganas de vomitar. Ahora estoy tirada en la cama. Felicia se fue hacia algún rincón, no quiso acompañarme y tengo todo el ancho de la cama para echarme, extendida. Pienso en todo lo malo que hice en los últimos no sé cuántos días. Soy un desastre. Quiero redimirme pero algo siempre falla. Comí demasiadas papas fritas. Lo mío ya es fatal, es algo que no tiene remedio. Estoy tirada en la cama pero no alcanzo a desvestirme. Me siento muy mal. No solo del estómago sino también del alma. Nunca supe si alguien como yo tiene alma, y si la tengo debe ser de un color gris oscuro. Soy la peor de todas las amigas. Soy ese tipo de gente que todo el mundo evita. Una desgracia. ¡Si pudiese estar sola!, pero tengo que arrastrar siempre a alguien conmigo. Si Elena hubiese aguantado un poco más mi cabeza: ella decía tus caprichos. Pero yo soy así, una especie de animalito, un bicho malo. Cada día cosecho mierdas colosales pero sé que hay que seguir adelante, por lo menos eso dicen. No hay por qué andar por ahí, regocijándonos en nuestra propia miseria. ¿Dónde están las velas? Si tuviese alguna fuerza iría a la heladera y me prendería a un helado. No sé si queda helado pero me tomaría algo bien frío. No cerveza, un

refresco o solo agua. Quiero morirme ahora mismo y no quiero resucitar. No creo que resuciten las almas como la mía. Matilde se enojó bastante conmigo o por lo menos sé que la lastimé. Lo pude ver en su cara. Sé que la lastimé en algún sentido. ¡Mierda de persona resulté! Por eso estoy acá, sola en esta casa. Y todavía no enciende la luz de la cocina. Las putas velas no están en ningún sitio. No quiero comportarme más como un hurón. Soy bastante mezquina, demandante, lo sé. Una ostra. Me siento sola y triste, repudiada como una puta del puerto. Me gustaría agradarle a todo el mundo y que todos dijesen lo buena que soy y lo sensible y lo amable. No. Realmente no me interesa lo que piense todo el mundo. Mi hermana dice que no quiero a la gente. Creo que exagera. Pero soy así: un tiro de regalo. Todos deberían protegerse de mí, tomar cierta distancia. Hay que prevenirlos. Soy un ciclón. Tengo que construir una especie de barrera. ¡Aléjense de aquí!, tendría que decirles. Tengo peste, lepra, sida. ¡Váyanse todos a otra parte! Soy torpe, es verdad, pero no me gusta lastimar a la gente que quiero. No es que no los quiera, pero todo me sale mal, soy un desastre. Se me instalan de golpe la cara y el cuerpo y los olores de Elena en la casa. Ella sí hizo todo lo posible por hacer de mí algo mejor, una verdadera dama. No digo esas damas que andan de rosado o que se resfrían con un cambio de estación, sino una de esas damas sureñas de las películas. Nunca me comprendió, es verdad, pero me quería. Yo solo quería ser arquitecta. Santa Cruz. Faltaba a clases de historia para fumar *macoña* en la escalera de la calle Altamirano. Vino tinto y flor, quiero con 37 de mano, ¿y vos? Solo resulté una buena compañía para algunas noches de invierno. Elena siempre me esperaba. Pero estoy acá, sola, echada y sin vomitar y con un dolor de cabeza enorme. Nada me pudo salir peor. No quiero ni

acordarme de lo que fue este día. Tal vez estoy exagerando. Soy la peor de todas las amigas, una farsante. ¡Mierda! Y todavía no enciende la luz de la cocina. Voy a quedarme así, quietita, hasta que amanezca por la ventana. Nené y sus caricias. La extraño tanto, todavía.

10. Decime qué te pasa.

Era casi media noche. No era una fecha especial, afuera llovía y ellos estaban en el dormitorio, despiertos pero con la luz apagada. Tomás tenía la cabeza sobre uno de sus brazos y Leonor solo lo estaba mirando, el tiempo transcurría despacio. En ocasiones a él le gustaba estar ahí, en ese departamento, y pasaba toda la noche hasta la madrugada. La conocía desde hacía mucho tiempo pero ni era un romance oficial ni dejaría a Luisa por ella. No era nada nuevo ni especial pero era una de esas mujeres con las que se sentía feliz, o al menos contento, pasaba un buen tiempo con ella; alternaban conversaciones de bar, un café, un vino compartido y la cama de su departamento. Pero esa noche él no se podía dormir, no podía estar en paz consigo mismo.

–Decime, ¿qué te pasa? –preguntó ella.

–Me duele la cabeza –dijo.

–¿La cabeza?

–Sí. Y la vista. Dame una aspirina.

–¿Para la vista? –preguntó ella.

Él no dijo nada, se quedó extendido en la cama. La mujer, mientras tanto, buscaba algo en la mesa de luz, abría un cajón y luego otro, con movimientos torpes y rápidos.

–Abrazame y quedate quietita.

Ella no terminaba de revolver todas las cosas y se pasaba, indistintamente, las dos manos por el cuello y la cara.

–A esta hora tendrías que estar en tu casa con tu esposa. Ese es el problema.

Él seguía tirado en la cama, con los ojos cerrados, tenía la expresión de quien está pasando por un mal momento.

—Abrazame y hacé un poco de silencio, por favor. Te pido solo eso: un poco de silencio.

La mujer se exasperó.

—¿Querés decir que esté callada?

—Abrazame.

Ella lo apartó. Lo hizo a un lado.

—Sos un cretino, un imbécil, ¿sabías?

Cerró de un golpe seco el cajón y se lo quedó mirando. Se acomodó un bretel y sostuvo la respiración unos instantes.

—Vamos, te acompaño hasta tu casa —le dijo.

—Solo quedate así, en silencio.

Ella quedó parada frente a él, con los brazos cruzados sobre el pecho. Llevaba puesto solo la ropa interior, que parecía estar algo agrandada. Entonces dijo:

—¿Por qué me tratás así? No te entiendo. No sé por qué estás conmigo si no podés soportarme.

—Debe de ser algo genético, no sé. Soy mala gente.

—¡Haceme el favor!

Ella enceguecida tiró un libro contra el suelo. Él la miró como quien elige fruta en el mercado; se detuvo con sosiego en la curvatura de sus muslos.

—¿De qué te reís?

—No me estoy riendo.

—Pensé que te reías.

—No, no me estoy riendo.

Él la atrajo hacia sí, y la dejó a su lado, en el borde de la cama, la abrazó siempre con los ojos cerrados, y se quedaron acostados, uno junto al otro, sin decir nada por un buen rato. Parecía que después de todo por hoy habían hecho las paces.

11. ¿Qué me queda de ese tiempo?

Tomás no podía despegar la estampilla del sobre de manila; era de tamaño regular, beige, parecía viejo y estaba algo arrugado. Se encontraba solo en su escritorio luego de una discusión con su esposa y trataba de pensar cómo y cuándo se había convertido en esa especie de momia faraónica que lucía, según Luisa. La estampilla por fin cedió y la colocó con cuidado entre dos acetatos. Él siempre se estaba preguntando, se preguntaba: ¿qué queda de ese tiempo? Nada. Nada, pensó. Pocas caras difusas y algún recuerdo, nada más. Recuerdos que ni siquiera surgen más de tres o cuatro veces en el año, sin una circunstancia o fecha en especial que los preceda, solo así: en cualquier momento. Con o sin alcohol, triste, feliz o cansado. Y tal como llegan se van y abandonan por completo su cabeza; son como las aves del frío, horañas. Solo son ideas difusas y vagas que vienen sin que llegue a darse cuenta cuándo y tampoco le dan tiempo a regodearse en un sentimiento inútil o superficial. El resto del año ignora por completo su existencia. Las fotos las conserva porque sabe que están ahí, en algún lado, aunque nunca sale de la pereza física y mental que le impide levantarse de ese sitio donde está para ir a buscarlas.

Luisa está ahí: es una presencia necesaria. Es real, son felices. Es una feliz compañía. Ella está, y los recuerdos son solo ajenos, un poco más que una invención, un *déjà vu* o algo por el estilo. Más vale que ponga su juego sobre la mesa y deje de culpar a todos por su suerte, la vida es así. Un buen juego se compone de varias buenas manos y un poco de azar y codicia; sabe que podemos barajar y dar de nuevo, pero

nunca podemos pedir cartas si ya tenemos veinte en la mano. Los años dejan paso a la presencia, y volvemos a estar en las cenas de los domingos y en la de todos los días, desde una reunión familiar a los principales eventos festivos. Es una conciliación entre lo que nunca fue y todo lo que ha visto. Sabe que Luisa y la sala son algo real, el cartero, que llega martes y viernes, la contribución inmobiliaria, la rabia de las ratas y los fríos de julio. Todos son datos empíricos y son solo eso: algo para razonar. Y por dentro: a cada quien lo suyo. Para él era solo un sitio, apenas un sector del inmenso vacío que había dentro de su cráneo, una encrucijada entre “es” y “no fue”. En una mesa de juego el tiempo simplemente no pasa, con los hombres inmersos en las cartas con sus cigarros quemándose, las mujeres lindas y alegres, las bebidas, las fichas de nácar. Jugar fuerte en el mercado inmobiliario, como inspiración. Con dos manos de full cualquiera puede comprarse un lindo lugar y amueblarlo y contratar a tres *crupieres* con trajes de circo que le digan: *buenas noches, señor*, y todo eso. Un pequeño cubil, un antro para gente adinerada y los políticos de turno. Todo es una inmensa irrealdad si alguien se pone así a explicarlo, una fábula fruto de un relato jamás contado pero no sin ser real, de todos modos. Y como pasa siempre en estos casos uno de ellos tiene que pagar la cuenta, un infortunado en la escala zoológica del azar; alguien paga los destrozos de todos los platos juntos. Si uno lo evita y trata de ocultarlo llega a ser un hecho ficticio, un sueño más, solo eso, una elipsis, es el tiempo transcurrido desde un “de a poco” y un “de que esté finalizado”. Nada anormal, pensó él en ese entonces: solo fue un juego. Eso es lo que piensa de ese embrollo del casino, ahora, en este momento. Y de todo lo demás, por supuesto, él mismo tendría que hacerse cargo. *Borgino Riviera Inn: una solución inmobiliaria*. Diría: otra forma de vida.

Sabía que muy pronto tendría que ponerse en contacto por eso con Mendoza, de todos modos ya tenía, hacía buen tiempo, sus parvas a salvo y en remojo.

12. La oficina de Marcos Stein.

Stein debía reunirse por varios asuntos con Valverde, entre estos por las pérdidas que estaba teniendo en los casinos y las malas gestiones como en el caso del *Borgino* sobre todo. Buscó un lugar apartado donde no lo molestasen los mozos trayendo y llevando pedidos, ni los murmullos de otra gente. Por eso había elegido su despacho.

La oficina de Marcos Stein consistía en un departamento interior de un edificio que había sido un buen hotel en tiempos de la Belle Époque sudamericana; estaba situado en el sexto piso. Se llegaba a él por un lento ascensor de tijera con un espejo rectangular y una serie de botones gastados por el uso. El *palier* de cada piso era pequeño y muchos de ellos estaban algo sobrecargados, las paredes terminaban en finos trabajos en yeso y había también por lo menos dos vitrales en tonos de azul y morado, las alfombras, de un rojo oscuro, se encontraban marcadas por el uso.

La oficina propiamente dicha, era el cuarto más iluminado del departamento, que construyeron probablemente luego de la remodelación hecha por el sesenta y pico. Tenía una serie de pinturas pequeñas y enmarcadas, una foto de un barco a vapor y una lámina con un alce en la nieve. El Sr. Stein atendía a poca gente en ese sitio, sus oficinas públicas se encontraban en el edificio de la Bolsa de Valores.

Un hombre oscuro estaba sentado frente a él. Tenía la nariz aguileña como pico de loro; ésta descendía desde el armazón de sus anteojos

de aro negro hasta mitad de la cara, de modo que le quedaba cortado en dos su gesto duro y detrás de éste, su mirada.

—¿Quién obtuvo algún beneficio de todo esto?

—La compañía aseguradora pagó todo.

—Pero ¿quién pudo beneficiarse?

—Nadie pudo.

—El que compró las casas de bloque y madera por 100 y vendió los terrenos donde se levantaría el *Borgino Riviera Inn* a 3000 pesos cada uno.

—¿Usted está hablando de Castro?

—¿Quién sino?

—Eso son solo habladurías. La gente dice cualquier cosa.

—Algún desconforme, sin dudas. Conoce ese tipo de gente, ¿verdad?

—Por ejemplo Tenuta.

—¿Y usted? —le preguntó de golpe.

—Me las he ido arreglando.

Stein encendió un cigarrillo.

—¿Por lo demás? —dijo.

—Hay que hacerle una visita a Tomás Campos.

—Creo que ahí todo está cerrado.

—Es conveniente.

Los hombres charlaron un buen rato y Stein sirvió whiskey con soda, acostumbraba tomar whiskey americano; hablaron también del negocio de los casinos. Al anochecer el hombre oscuro se marchó con todas sus cosas.

—Hasta la vista, Stein.

—Vaya tranquilo.

—Creo que va a ser una buena noche. Noche de Halloween —dijo.

–Noche de Halloween, usted lo ha dicho.

–Recuerde lo de Campos, por favor.

–Vaya tranquilo.

El hombre por fin tomó el ascensor. Una vez que el aparato estuvo en marcha volvió a saludar con un gesto sobrio y marcado, Stein solo levantó el brazo.

13. Luisa estaba sentada.

Luisa estaba sentada sobre la cama. Tenía la espalda apoyada en dos almohadones celestes y la cabeza sobre una almohada beige. Tomás llegaba de la calle. Hubiese preferido encontrarla dormida, pero ahí estaba, tirada, leyendo.

–Hola.

Ella no contestó. Estaba hojeando una revista enorme con fotos de colores.

–Es el día de la conciliación mensual en el estudio –dijo él.

–Debe de ser el día de los gansos.

Tomás se quitó los zapatos con la punta sobre los talones y se puso pantuflas, se sacó con apuro la corbata, la dejó en el perchero y puso los gemelos dentro de un potecito de vidrio.

–Elvira dejó la cena sobre la mesada de la cocina. Solo hay que calentarla.

Luisa no apartaba la vista de la revista.

–¿Vos no vas a comer?

–No. No quiero después indigestarme.

–¿Dónde quedó el amor?

–¿Es una pregunta o solo una frase filosófica?

–Es un lamento.

–No seas cínico. Te prefería cuando estabas todo el día borracho.

–Será porque a vos te gusta tomar, y no poco.

Ella ahora sí cerró la revista, para contestarle.

–Cuando tomo me olvido que estoy contigo. Es como ir ensayando para cuando tenga Alzheimer. No te veo y no te conozco. Y no tengo que aguantarte con tus frases ingeniosas.

–Vendrá otro que me hará bueno.

Ella siguió o hizo que seguía con su lectura.

–Todo se puede esperar de esta vida –dijo.

–¿Qué esperás vos? ¿Un valle de lágrimas?

–No te hagas el tonto.

Tomás dejó todo lo que estaba haciendo y caminó hasta el umbral de la puerta; la miró, la observó como quien ve un vaso sobre la mesa.

–¿No vas a comer?

–No.

–¿Tomamos una copa, entonces?

–Un día se va a cortar la cuerda.

Él prefirió no contestar. Sabía cuándo dar un paso al costado.

–Bajo a comer –dijo.

–Bajá y andate.

14. Se pasaba primero por un portón.

Tomás pensaba que debía tomar al toro por sus cuernos, por eso había dedicado parte de su tarde para realizar esa visita a Tenuta. Fue sin aviso ni llamado, sería una simple charla de unos minutos, según sus cálculos.

La casa se le presentaba así. Se pasaba primero por un portón de metal, bajo, de no más de un metro de altura, luego un pasillo delimitado por dos muros gruesos con un baño de valet color amarillo pálido. Después se encontraba la puerta, alta, grande, barnizada, que siempre tenía una de las hojas abiertas. A unos pocos pasos –no más de dos o tres– había una puerta de cancel, de madera lustrada y vidrios biselados, y cuando uno abría la puerta –que se encontraba sin pasador ni llave– sonaban una serie de campanitas de metal anunciando una visita. Al levantar la vista estaba la escalera empinada y altísima y enseguida aparecía la gran habitación central, donde nunca había nadie. Ese era más bien un lugar de paso. Si uno hubiese seguido el camino recto se encontraría con la gran sala, donde estaba el piano de cola y un cuadro de la batalla de Azincourt. Si hubiese torcido a la derecha vería una arcada, y luego la puerta de un baño grande. A los lados dos habitaciones: hacia la izquierda el escritorio y del lado opuesto una estancia más pequeña que daba a la cocina. Después había un corredor con un baño de servicio y la puerta al patio y a la azotea. Él siempre la recordaría así, era solo una postal de aquellos tiempos. Pero entonces parecía que se encontrara en otro sitio, solo

era un atisbo de lo que una vez fue, una situación desfigurada, una caricatura. Era algo muy triste ver la casa ahora, en ese estado.

–Buenos días -dijo.

Ya estaba casi en el patio.

–Buenos días –respondió la mujer.

Él hizo una seña con su cabeza, con cierto grado de confianza o familiaridad, la mujer solo se lo quedó mirando. Era una especie de inspección de primera vista. Ella, evidentemente, estaba lavando ropa y tenía mojadas las mangas de su buzo y parte de sus piernas. Con un puño se tiró el pelo hacia atrás.

–¿Se encuentra Tenuta? –preguntó él.

Ella lo miró otra vez. No solo lo miraba a la cara.

–No está. ¿Quiere dejarle un mensaje?

–No. Vengo más tarde.

Antes de que pudiese girar el cuerpo sobre sí mismo la mujer se adelantó dos pasos y lo cercó.

–¿Y usted es?

–Tomás.

–¿Tomás? –dijo, y se lo quedó mirando.

Él no la miró, quería desentenderse del asunto, pero ella había cortado el paso hacia la puerta de cancel. Se vio en la posición que no quería, de quien debe dar una explicación a alguien, de todas formas.

–Tomás Campos. Solo dígale así. Él sabe.

La mujer se pasó el dorso de las dos manos sobre los muslos y la cadera, juntó los labios un poco, carraspeó y salivó en el piso.

–Creo que hoy viene muy tarde.

–No importa. Esto no tiene un mayor apuro –dijo Tomás, y salió.

Salió sin concederle mucha atención, con pasos ligeros y marcados. Cuando dejó el patio golpeó con fuerza una planta de ruda macho que desprendió su aroma asfixiante. Caminó por Pedernal y llegó a la avenida La Alameda y tomó un ómnibus, el 125. Buscó algo en el bolsillo de su pantalón: sí, estaba todo en orden. Cada cosa en su sitio, pensó. Y al final ella no recordaría nada.

15. Luego de una charla.

Luego de una charla inútil con Luisa Tomás había ido al bar. El lugar se encontraba no muy cerca de su casa; era un tugurio de esos con mesas de billar y maquinitas tipo *flipper* y con quiniela y tómbola y una barra con despacho de bebidas. Se sentó –entre las mesas de pool, el mostrador y el gran ventanal– en la silla más cercana de una mesa para cuatro. La luz era pobre pero no indecente. Al lado se había instalado una muchacha. Estaba de pie, absorta en su mundo, ensimismada. Llevaba el pelo suelto, con un corte irregular y se había calzado, con destreza, unos pantalones añejos de jean que la comprimían y resaltaban. Tenía unos zapatos deportivos que usaba con los cordones sin atar, y no se había puesto bucito, remera ni una blusa y llevaba sobre su cuerpo solo una campera gastada con forro de piel de corderito.

Cuando él vio que ella se había gastado todo cuanto traía en la máquina la invitó a sentarse a su mesa.

–¿Qué toma? –preguntó la joven.

–Estoy tomando ginebra y café.

–¿Me invita?

–¿Con café?

–No. Quiero un medio y medio. Medio de vermut y medio de caña.

–¿Lo pido así?

–Sí, claro.

Una vez que le dejaron el vaso sobre la mesa lo miró y tomó un sorbito.

–Quiero jugarle al 22 pero sé que va a salir el 17.

–¿Necesitás plata? –preguntó él.

–Quiero ganarme un oso en la maquinita.

Ella se refería a una máquina de destreza donde se podían pescar peluches.

–Podés comprarte uno –le dijo.

–No tengo la plata. Y no es lo mismo.

–Tomá, son veinte pesos. Te debe de dar para un par de fichas, creo.

–No, gracias. Me lo tengo que ganar yo sola.

–¿Nunca sacaste nada?

–Sí. Una vez saqué un chino.

–¿Un oso chino?

–No. Un chino con sombrero y colita.

–No es lo mismo que un oso.

–No. No es lo mismo.

–¿Te gustan los osos?

–Es para mi hijo. Se llama Ezequiel. Quiero regalarle algo porque hoy es su cumpleaños.

–Si querés...

–No, gracias.

–¿De dónde sacás el dinero para gastar en esa máquina?

–Hago cosas.

–¿Qué cosas?

–Algunas cosas.

–Entiendo.

–Usted no entiende nada.

–Perdón.

–Quiero otra. Pero estese un rato ahí callado.

—¿Otro medio y medio?

Ella afirmó con la cabeza.

Se llamaba Elizabeth, vivía en una pensión de pago diario que quedaba a dos cuadras de ese sitio. Era un edificio de dos pisos que se había llenado de inmigrantes y de mujeres solas con todos sus hijos. Ella no era de ahí pero tampoco era extranjera, había llegado hacía unos seis años de una provincia del norte. En el bar la conocían por Lola. Tomás quiso darle el dinero para que se compara su oso de peluche pero ella se negó aunque sí tomó a su coste unos cuántos vasos de medio y medio sin hielo.

Al despedirse Tomás le dio una de sus tarjetas de presentación, una donde solo aparecía su nombre y el teléfono de la oficina. Lola entonces lo abrazó, fue un gesto mínimo. Cuando se acercó hasta él apenas se le escurrieron por el escote de la campera sus pechos chicos, blancos y fríos. Tenía olor a talco y a sudor, a tabaco. Una vez que estuvo en sus brazos el olor le pareció a perro mojado. Tomás la aferró de la cadera con una mano y con la otra la acarició el pelo revuelto. Ella apenas se dejó sujetar un momento, después le dio un beso en la mejilla y le dijo *Hasta luego*.

16. No veo.

No veo. La luz se instala en mis lágrimas y se me tapa la nariz y la garganta, me angustio. Soy un mar de llanto y mocos. Me paso el puño del buquito por la cara, me raspa, me lastimo los ojos. Soy un desastre de persona. Camino, apenas puedo caminar y salgo a la calle. Voy por la vereda de la sombra, el sol me lastima, me hace daño. Solo me quiero ir y llegar a casa y tirarme en la cama y no me quiero levantar nunca. Ahora veo un poco más, y me refriego el puño en la nariz. Un comercio, otro, gente que pasa alrededor. Un puesto de fruta en la calle, los cajones ocupan toda la vereda. Veo el cartel: MANZANAS. Quiero una. Quiero comprarme un kilo de manzanas. Que no sean muy arenosas ni estén verdes. Me acerco al puesto y pido: deme un kilo, no deme dos, deme tres kilos de manzanas deliciosas. Me hacen el paquete. Las llevo. Ppesan una enormidad. Apenas llegue a casa me las como. Primero las tengo que pelar. Camino, me molestan los ojos, camino como si pisara sobre huevos, voy por la sombra y con dificultad, voy llegando de una vez por todas al departamento, por suerte no veo a los vecinos: ellos siempre tienen algo que preguntar. Llego a la puerta del edificio, entro y tomo el ascensor, son cinco pasos largos hasta el umbral de mi casa, abro la puerta, camino hasta la cocina y dejo todo ahí, en algún lado. Ahora veo mejor. De todas formas los ojos me duelen de tanto llanto. Miro el paquete de manzanas. Pelo algunas y pongo las otras en la heladera, pienso, pero no. Busco un cuchillo afilado, uno con sierrita sería mejor. Agarro uno cualquiera, uno con mango de madera. Tomo la bolsa con las manzanas y la abro y me las

pongo a mirar. Voy a la sala y traigo un banco. Es un banquito de madera de esos que llaman taburete. Pongo el banquito frente a la mesada y me pongo a pelar las manzanas, que voy sacando de la bolsa. Son tres kilos. Las pelo sin maldad. Creo que sí, que pongo algo de saña en la tarea. Pelo una, pelo dos, pelo cuatro. Empiezo a pelar los tres kilos de manzanas. Quiero que el mundo se detenga y quiero que todo vuelva a empezar. Otra oportunidad, eso es lo que pido. Pero sé que siempre voy a perder. Siempre digo unas cuántas barbaridades de más, siempre lo que no debo, soy como un gatito chico. Soy un mal chiste sin terminar, pienso. Es lo que siempre digo. Nunca pude ser más estúpida de lo que fui y para peor me quedé sin fundamentos. Dejo la manzana en la batea y tomo otra. Me la pongo a pelar. Lo peor es que quedé como una estúpida. Eso es lo que duele más: el orgullo. Es de las últimas cosas que me iban quedando. Principios nunca tuve, pienso. Creo que eso es hablar un poco de más. Todas las palizas que recibí en la vida, ¿para qué? La letra con sangre entra, estaría pensando Dios en ese momento. Y todos los hombres son mortales, también. Pero para eso inventó a la mujer. Pelo otra manzana. Las voy tirando en la batea y tomo otra de la bolsa cada vez. ¿Vos escuchás lo que estás diciendo?, me dijo, y entonces ahí caí. Ella decía todas las cosas con la autoridad de memo con las que las dice un hombre, como si supiera todo y lo quisiera demostrar. Tenía que demostrarles a todas que era más inteligente y más poderosa que yo. Que estaba un escalón más arriba, que era superior y que yo soy siempre la misma estúpida y una ignorante. Esta manzana está para tirar. Siempre te ponen una manzana que está mal en el paquete. ¡Mierda! La tiro de una en la bolsa de los desperdicios. Ahí vamos a terminar todos. Como Hamlet. Tomo otra del paquete. Esta está mejor, solo hay que quitarle una parte que

está golpeada. La voy pelando con dificultad. Siempre tuve esa cosa con la autoridad, eso me decía mi madre. Mi madre y todo lo que no debía decir. Esto no, tampoco aquello. Hay que lavarse las manos antes de comer. Hay que rezar el rosario. Creo que exagero un poco. No era algo de rosario ni rosa cruz, ni de masones ni de cabalistas ni de santos de los últimos días. Era solo la palabra Deber. Deber ser. Algo deontológico, como dicen. Pero ahora me quedo sin palabras. Quedé como una tonta, como esa misma tonta que soy. Pero no tengo que darles el gusto. Tiro la manzana en la batea y tomo otra. ¿Por qué todos los S son P? Eso fue todo lo real y prestigioso que recibí por la cuota mensual que pagaba mi madre en el colegio. Y ahora, Milagros me vuelve a revolcar. Porque yo lo digo, tuve que contestarle. Es lo que tenía que haberle dicho, pero no. Todos somos lo que comemos, ¿sabés? ¡Y vos sos una come mierda! Tampoco. No lo hubiese arreglado de ese modo, lo sé bien, pero al menos me hubiese sacado la rabia. No hay más manzanas en el paquete, ya las pelé todas. Me quedaron las manos rojas y ardiendo. Miré la batea: estaba llena de manzanas. Ahora no las voy a comer. No quiero. Busco una bolsa grande de esas que se usan para tirar la basura, busco dentro del aparador, la abro y echo todo adentro. Ahí va todo mi trabajo. Las voy a tirar y que se vaya con ellas toda esta bronca. Lanzo de un golpe el cuchillo en la pileta de la mesada y pongo el banquito en su lugar. Voy a dormitorio y me tiro en la cama. Otro día sin compartir mi silencio. Otro día de mierda. Nené, decime: ¿por qué estás tan lejos?

17. Salud.

Casi sin darse cuenta había terminado otro año y Tomás lo celebraba sobria pero decentemente. Había declinado a la idea de una fiesta o un restaurante para la ocasión ya que no podía ver con la mínima nitidez que le depararía al otro día o en la próxima semana. Se encontraban en el balcón que daba a la calle desierta; la gente se había ido a su casa de balneario o estaba en otro sitio con sus familias o amigos. Dieron las doce. Tomás y Luisa, habían salido hacía unos instantes y miraban en silencio los fuegos artificiales. Les gustaban los que hacían cascada y estallaban sobre los edificios del barrio Salerno. Adentro, sobre la mesa familiar había unos cuantos platos y cubiertos sin uso, copas sin servir, sillones vacíos. Era una cena íntima, un banquete inusual, tenía muy pocas cosas relacionadas con un día festivo.

–Salud.

–Salud.

–¿Por qué brindamos?

–Por otro año. Por un año mejor.

–¿Mejor para quién? –preguntó ella.

–Mejor para todos.

Luisa lo miró. Tomás tenía adherida una servilleta de papel que colgaba de uno de sus bolsillo.

–Estás brindando con coca –le dijo.

–Sí, está bien.

–No podés brindar con un refresco.

–¿Por qué?

–Trae mala suerte.

–A la suerte no creo que le importe mucho si estoy tomando champán o gaseosa.

–Creo que sí le importa. A vos, más que a nadie, te tendría que importar.

–No vamos a comenzar el año discutiendo, ¿no?

–Siempre el mismo considerado.

Él la sujetó de la cadera. La miró. Tenía puesto el collar con cristales de Murano.

–¿No me vas a besar?

–¿Tengo?

–Sí.

–Feliz Año.

–Feliz Año. ¡Feliz Año Nuevo!

18. Etcheverry le debía a Bryan.

Se encontraban en un casino ilegal, su dueño era un saudí a quien todos llamaban Costello. Las mesas estaban repletas y el humo de los cigarros atenuaba la luz de los focos, de por sí ocre y tenue. El dueño había colocado en la sala principal un reloj de pared de madera y cristal, y se jactaba de que tenía el único casino con un mecanismo por el estilo. El reloj, por supuesto, tenía las agujas clavadas a las seis y cuarto.

Etcheverry le debía a Bryan 2.000 pesos, Iturria le debía 500, Larroca solo debía 350 pero al Sr. Plada –el importador de telas y perfumes– y el hombre de azul había estado perdiendo toda la noche.

–Ruleta.

–¿Perdón?

–Parece nuevo en el lugar. Le recomiendo que comience jugando a columna o a color en la mesa de ruleta.

–Le agradezco su consejo, ¿señor?

–Bryan Duff. Mi nombre es Bryan Duff –dijo.

BRYAN DUFF
ASESOR DE CUENTAS CORPORATIVAS
Los Álamos 1520
Tel. 98 36 91

–¿Su nombre es?

–Marcos Stein. Mucho gusto.

—Bienvenido al mundo del juego —dijo Duff.

Stein sonrió solo con los ojos y al mismo tiempo lo escrutaba, callado.

19. Se sentó a tomar un café.

Tomás entró en la pieza; era la salita que daba a la biblioteca y al dormitorio de servicio. Había dispuesto todo para estar un rato solo. Se sentó a tomar un café, tenía un dolor insopportable en la cabeza.

Por tanto, si tu ojo derecho te hace pecar, sácatelo y tíralo. Más te vale perder una sola parte de tu cuerpo, y no que todo él sea arrojado al infierno.

Las cosas estaban así, como decía Quirino, fue una sucesión de desafueros, como las cuentas del rosario del domingo. ¿Y él? La liviandad de espíritu y otra vez la manida histeria que afloraba en un principio. Estaba seguro de que era un castigo Divino, algo que tenía que pagar en esta vida y no en la otra, como pagan sus faltas los hombres miserables; los más necios y los más ruines, pensó. Sin embargo él sabía muy bien que el destino no funcionaba de ese modo, que se estaba mintiendo a sí mismo y se dejaba engañar de forma estúpida, no es un tema de balances: Dios no es un almacenero, a fin de cuentas. Tejía en su mente una justificación que diese un orden lógico a todas las pérdidas y a sus miserias, a sus continuos errores y a la espera del coscorrón y la caída. A la caída final. Lo hacía, quizá, para no sentirse tan vacío: era un fracaso, al menos él se sentía de ese modo. Había una entidad, como un demonio interior que se ocupaba de todas sus vilezas y sabía que no podía barrer más debajo de la alfombra. Todo estaba casi bien, cuando “casi” equivale a ese don de las cosas perdidas, a jugar aquí y allá, una casa, un automóvil, un solar y no volverse sobre los pasos ni asombrarse de tantas pérdidas. Un

detalle: *Borgino Riviera Inn. Una solución inmobiliaria*. Lo demás puede solucionarse pensó, todo es un poco saber a qué contador acudir o en el peor de los casos a qué abogado. Pero había algo que no podría arreglar, el collar de cuentas de deudas y sobregiros del *Borgino*. Y después: solo habría que hablar unas palabras con Tenuta, eso es todo. Las doce tablas, pensó. Pero antes los reyes: Numa Pompilio. No soportaba más ese dolor en la cabeza, casi ni podía ver; es ese demonio. Tomó el café y salió como si lo estuvieran arreando hacia algún sitio, miró la televisión que estaba encendida, fue solo una ojeada: los *Lakers* contra *Bulls* en un partido de básquetbol, el volumen no estaba muy alto. La lamparita de 75 watts todavía se encontraba encendida, eran no más de las dos de la mañana.

Él y ese dolor de cabeza. Rosas blancas para Santa Lucía.

20. Tomás llegaba a la sala.

Tomás llegaba desde la biblioteca a la sala, caminaba como si tuviera un gran sueño. Iba desperezándose a cada paso y andaba con fastidio como si sus huesos le pesaran.

–Te pusiste el buzo al revés –dijo Luisa.

–Sí, es cierto –dijo, y miró.

–Dicen que cuando te ponés el buzo al revés es porque querés que te hagan un regalo.

–No me vendría mal algo a esta altura –dijo él.

–¿De quién estás esperando un regalo?

–No sé. Decime vos.

–Es lo que te estoy preguntando.

–No sé.

Luisa se puso a revolver algo en el cajón del aparador, después puso un sinfín de cosas en los estantes, caminó unos pasos cortos y se sentó en la *bergère*.

–Supongo que espero un regalo tuyo –dijo él.

–No, me lo dirías sin dar tantas vueltas. Es de la muchacha del bebito.

–¿Del bebito?

–Sí. Yo la llamo así. Es la que te contagia siempre con esas gripes.

Tomás la miró. Se la quedó mirando a la cara.

–Yo casi no tengo gripes en todo el año –dijo.

–Es suficiente una vez.

Casi sonrió en un gesto de desagrado. Hizo de cuenta que se ponía a hacer algo, dándole la espalda a ella, luego se volvió: tenía un tubito

de hilo en la mano. Lo mantuvo un rato entre sus dedos. Entonces, sin mirarla le dijo, le largó, como quien lava ropa blanca:

–¡Cascanueces!

–¿Qué?

–Es como le llamo a las mujeres que ven sombras en las sombras chinas.

–No es gracioso.

–No, no es gracioso. Es lamentable.

Ella se paró. Estaba alterada. Se volvió a sentar.

–¡Ponete ese buzo al derecho, me hacés el favor!

–Sí, al derecho. Es bueno que alguna vez pienses un poco en mí.

Ella por alguna razón quedó, de repente, como ensimismada.

–Siempre pienso en vos. Anoche soñé contigo.

–¿Qué soñaste? –preguntó él.

–Algo raro.

–¿Raro?

Tomás se acercó un poco y dejó el hilo sobre la mesa. Se sentó en la butaca de cuero.

–Eras vos. Estabas vivo y estabas muerto a la vez. Te veía pero no sabía si era algo real o era un sueño. Estabas en una iglesia católica. Decías “hace veinticuatro días que no vengo aquí” y te ponías a predicar en medio de la gente.

–¿Qué decía?

–No importa.

–¿Cómo que no importa?

Ella suspiró. Hizo como si pensara. Después se enderezó un poco en el sillón y dijo:

–Lo importante es que siempre pienso en vos.

–Y estaba muerto.

–Estabas vivo y estabas muerto a la misma vez.

–Lo del medio vaso lleno ¿verdad?

–Algo por el estilo.

El hombre se paró. Ahora estaba bien parado sobre sus zapatos y le dijo:

–Salgo. Voy a dar una vuelta.

–¿A esta hora? Seguro que te vas con la muchacha del bebito. Decile que no te mande de nuevo sin cenar, que no sea turra.

–Solo quiero dar una vuelta.

–Es lo que dicen todos.

–Quiero respirar.

–Respirá todo lo que quieras.

–¡Cascanueces!

– Cerdo.

21. Fue un día sin piedad.

Fue un día sin piedad ni descanso y Tomás se preparaba para ir a tomar algo al bar de los dos hermanos González. Ese era el único hecho que podía salvarle el día. Recogió todo lo que no podría quedar sobre su escritorio y cerró los cajones con llave; regó la única planta de interior. Una vez conforme se dirigió a la salida. Casi frente a la puerta del piso se encontró con la recepcionista; su aspecto era anodino. No recordaba cómo se llamaba ni quién la había recomendado, no había tenido intenciones con ella hasta ese entonces, parecía atractiva. La saludó con un golpe de cabeza, ella lo miró.

– Me compré un paquete de varitas aromáticas. Me gustan mucho, ¿a usted no?

– No tanto –dijo Tomás.

– A mí sí. A usted le revolverán el estómago, me imagino.

Él la miró. Quedó un segundo sin completar ese paso que estaba dando hacia el mostrador, y por fin dijo:

– No exactamente.

– A mí antes me revolvían la panza, ya no. Era realmente como si estuviese enferma.

Tomás se la quedó mirando. Se alisó el borde de la solapa en un gesto menos imprevisto que inconsciente.

– A mí se me cierra un poco el pecho. Es eso. –dijo él.

– Claro, es algo común. A veces sucede. A mí me gustan muchísimo, pese a todo. ¿Quiere una?

Tomás dudó. Pocas veces se encontró vacilante en casos como este. Tal vez la joven lo encontró con la guardia baja, tal vez fuese los años.

– Solo una, gracias –dijo, y extendió la mano.

– Tome esta: es de sándalo. Es para los negocios y para atraer el dinero.

– Claro –dijo.

Con la varita en la mano sintió como un empuje de inspiración, había algo que le quemaba vivamente la punta de los dedos. La miró y se la guardó en un bolsillo del saco. Después miró a la muchacha y le dijo:

–¿Te gustaría salir?

–¿Salir?

–Sí, a algún lado.

–Como ir al cine o al zoológico, como ir al hipódromo, por ejemplo.

–Sí, como todo eso.

–Lo voy a pensar –dijo la muchacha.

–¿Y cuándo lo vas a saber?

–Deme solo un par de días.

–¿Tanto vas a pensar?

–No, es que en dos días empieza el signo de Acuario.

22. Nunca escuchó.

Stein no salía de su preocupación por las pérdidas en sus casinos. La charla con Valverde había sido algo preliminar y todo había quedado en poco y nada; ahora era tiempo de otra acción: había mandado llamar a Armando, un hombre sin gemelos ni corbata.

Estaban en un café sentados a la mesa, junto al baño. Era un pésimo lugar, pero quería estar tranquilo para liquidar ese trabajo. A veces tenía que llegar a esos extremos donde nadie distingue a un matón de un hombre de negocios.

—¿Nunca escuchó que el que rompe paga? —le dijo Stein.

—No se trata de eso —dijo el hombre calvo, Armando.

—En casa cuando te tocaba la hoja de laurel tenías que lavar los platos.

—No es lo mismo.

—Parecido.

—Deme dos días y lo resuelvo.

—¿Dos días?

—En dos días arreglo todo.

—¿Usted es devoto de las cosas hechas? —preguntó Stein.

—Prefiero solucionarlo de algún modo.

Stein solo se lo quedó mirando, tomó un sorbo de café y pasó las yemas de los dedos sobre la servilleta deshecha en cuartos. Los casinos no dan pérdidas, lo sabía muy bien, en todo caso los errores son de los humanos y más humano aún es el gozo al transgredir los mandamientos. Y en ese entonces volaba en el aire el presagio de un

escarmiento tipo bíblico que se desataría con furia sobre todos los culpables del robo. Stein quería solucionar con él, de paso, otras cosas. Pensó en el *Reina Victoria* y en el *Borgino*. Volviendo a lo ya dicho, le aclaró al hombre calvo:

–Arréglelo de una vez por todas.

–Deme solo dos días.

–Solo dos. Consiga la forma de salir limpio de esto. Y una sola cosa le pido además: no quiero saber nada de la vida de ese tal Tenuta.

–¿Mario Tenuta? ¿Por qué?

–Gasta más de lo que puede pagar y no es un individuo que haga silencio si es necesario.

–Entonces...

–Es parte de su problema, quiero solo soluciones.

–¿Una cualquiera?

Stein se levantó e hizo una seña difusa con su brazo mientras se alejaba.

23. Leo un libro.

Estoy tirada. Leo un libro de ciencia y creencia popular. En realidad no estoy leyendo, como pasas con miel y pienso. No puedo concentrarme un minuto en las palabras. Hay como un vacío que duele adentro de mi cráneo, como un mosquito que se va devorando toda mi cabeza sin piedad. Cae algo. No lo dejo caer, lo atrapo. Atrapo el objeto en el aire: es un blíster con pastillas anticonceptivas. Fue un regalo de mi madre. Lo uso de marcador porque ya no sé cómo usarlo. No es que lo guarde como el símbolo del amor hacia mi mamá es más bien el reflejo de mi hipocresía. Me lo dio cuando tenía quince años y lo guardé. Ahora es mi marcador de libros preferido. Dejo el blíster y dejo el libro y me paro y voy a la ventana. Afuera llueve a baldes, sin ninguna medida. Llueve desde hace varias horas. Eso aguó los dos últimos días de carnaval y a todas las comparsas y los días de compras en el centro y la Ciudad Vieja. Las piernas de las mecanógrafas, con sus medias de seda color piel, vuelven con apuro a sus oficinas luego de la hora de descanso. Y yo aquí, comiendo pasas y miel. Pero ahora nos preparamos para recibir la Pascua. El bendito cordero de Dios, diría mi madre. Y yo acá comiendo como si tal cosa. Debería ponerme a estudiar latín. Por lo menos estaría un poco más cerca del cielo. Pienso que en el cielo todos deben hablar en latín. Eso al menos es lo que pienso. Dejo la ventana y me voy al comedor. Tendría que sacar todos esos libros de las cajas. Cada chancho en su teta, diría la tía Noemí. Ella siempre tan campesina y tan sana. Ella sí merecía hablar en latín pero apenas hablaba mal en castellano. Hablaba con los pájaros, es

verdad, en eso se parecía a San Francisco. Pero yo ni eso. No tengo ni un pollo ni un cuis. Se me moriría de hambre una planta carnívora en el living de casa. ¡Cuántas cosas están de más! Como los bizcochos de la tarde y los programas de la radio en medio de la madrugada. Me gustaría ser Dios. Me gustaría ser un lagarto y devorarme todos los minutos de las otras personas, esos minutos que no están conmigo. ¿Hasta cuándo tengo que aguantar esto? Quiero una poción. Quiero unas pastillas mágicas. Soy un mal bicho, lo sé. Sembré vientos sin parar, por todos lados, y después me acosté a dormir la siesta.

24. Estaban sentados.

Tomás había acordado en verse con su abogado en algún sitio. Fueron compañeros de facultad en otro tiempo pero él se había dedicado a los negocios y Mendoza era ahora un buen abogado penalista. Tenían todavía una estrecha relación y éste conocía todos los pormenores de sus negocios y, por supuesto los infortunios y desenlace del *Borgino*. Estaban charlando sentados a la mesa de un bar céntrico pero no elegante, en la calle 3 de abril, no se encontraban en la mejor ubicación y su mesa era una pobre mesita de cármbica verde. Mendoza insistía en llevar su impermeable los días en los que solo se había pronosticado viento y Tomás intentaba meter todos los mondadientes que se habían caído adentro del frasquito de vidrio. Por unos instantes la mesa, el lugar, la mañana, fue todo silencio.

Ése claramente no era un gran bar, estaba en medio del centro pero lejos de las avenidas y comercios, pero aun así era un sitio limpio, cómodo y discreto. A esa hora en la cocina estaban haciendo pescado frito. Mendoza era un cliente habitual, hacía varios negocios allí, algunos eran del estudio jurídico notarial y otros particulares. Entre los que él consideraba particulares se encontraban las salidas furtivas de los miércoles, entre las doce y las dos, medio día, en medio de la semana. En suma: amigas varias y algunas compañeras de oficina; él era un hombre de buen paladar pero no un sibarita. Pero entonces la charla con Tomás era menos banal y bastante escabrosa.

Tomás había ido hasta ahí para pedirle consejo. Mendoza trataba de decirle que todo el lío del *Borgino* era solo una fachada, como la puerta

del tren fantasma. Sobregiros, regalos, mordidas, era algo menor que encubría el gran desastre que habían dejado sus ex socios en el casino. De eso sí él debía preocuparse y no de lo otro, pero de todas formas lo de él en el casino fue algo circunstancial, solo participación, tal vez encubrimiento, cohecho, le dijo que con no ponerse nervioso y no hablar de esto o aquello con gente extraña ya tendría que estar bastante tranquilo. No lo iban a crucificar por el *Borgino*. No a él. No ahora. De todo lo demás tendría que olvidarse o hacerse un poco el tonto.

—¿Moratoria? —preguntó.

—Moratoria de deudas y tributos impagos.

—Pero, ¿a vos te parece que eso es algo bueno para mí?

—Es de donde podemos agarrarnos. Ya se me va a ocurrir otra cosa en el camino. ¿Cómo está Luisa?

—Está bien.

—¿Siempre juegan al *bridge* con Luz Sureda los domingos de tarde?

—Ya no vamos a ningún lado.

—¿Sabe algo de todo esto?

—Poco. Más bien no se quiere enterar, de alguna forma sabe que le conviene estar al margen.

—Pero algo debe de entender, ¿no?

—No le mentí. Cuando la conocí yo le dije bien claro que en la olla hay un morrón y una cebolla para que después no me diga “me estás dando caldo con cebolla”.

—La tenés que comprender.

—Ella se comprende sola.

—Tendrías que comprarle un perrito. Uno de esos de aguas. No cuestan mucho. Creo que le va a hacer bien.

—Y lo tuyo, ¿todo en orden? ¿Muchas empresas para representar en los juzgados penales?

—Me estuve moviendo un poco. No me quejo.

—¿Un nuevo amor? ¿Alguna aventura?

—Nada. Es época de afincarse en cuarteles de invierno. Es un consejo que te puedo dar a vos. Quedate con tus tres seis, no pidas cartas del mazo.

El mozo se acercó a la mesa y le dijo, en voz baja:

—Señor, tiene una llamada.

—Gracias —contestó Mendoza.

Se paró con cierta dificultad y fue hasta el mostrador, dándole a Tomás momentáneamente espalda. Habló un momento por teléfono. Fueron unos pocos minutos. Volvió, secándose la nariz con el pañuelo, y quedó parado frente a su silla. Dejó el dinero de lo que habían consumido sobre la mesa, al lado del servilletero casi vacío, guardó la billetera en un bolsillo, y dijo:

—Me tengo que ir. Están robando mi casa.

Tomás tomó y encendió un cigarrillo.

25. Elena.

Ay Elena. Elena. Elena, Elenita. Vos en mis pensamientos, en mis sueños, en el borde de todas las cosas, como precipitándote. En los rincones donde no llega la escoba ni el plumero, en el nombre en la guía de calles. No viniste siquiera para ver si estaba viva, ni a recriminarme por algún desprecio que te hubiese hecho, una nada, ni a tomar el té o un café con leche y comer pan y manteca y mermelada de higos. Lo poco buena que fui una vez te lo llevaste contigo. Esos pedacitos de bondad que se me fueron escapando. Y yo aquí y vos en cualquier parte. Nunca comprendí bien tu fidelidad, esa idea de que éramos una pareja. Vos y yo, y con eso alcanza. ¿Quién me lo iba a decir? ¿Quién me lo iba a explicar de ese modo? Eras como una especie de directora de escuela, un modelo rector, una farola. O solo fuiste una creación de mi propia arrogancia. Mi tutora y mi mamá, pero por la noche eras mi noche desaforada. Vos y la afición por las cosas simples: un helado de vainilla, armar un puzzle de mil piezas sobre la mesa del living. Juntabas todas las migas de pan que habían caído sobre el mantel y decías que no podíamos darnos el lujo de ser ambiguas. El almohadón colorado sobre el sofá, el verde y el amarillo en los sillones. Cómo no poderlo recordar, era la proyección inanimada del cuento de los pocillos. Vos y el recorrido de la yema del dedo de amor hasta reventar de sentimientos y de ese fuego impresionante. Los sudores y la ducha compartida. Te secabas con cuidado y te embadurnabas todo el cuerpo con crema humectante color rosa. Eras una maravilla de persona. Los paseos en auto solo para dar una vuelta,

decías. No comprendiste que yo no era así, que era un animalito, la peor de todas las amigas y la más cruel de todas las amantes. Y vos estabas siempre ahí, Nené, como la reina de corazones en el medio del mazo, sobre la mesa. Vos estabas ahí y basta. Pretérito imperfecto. Y ahora estoy vacía, envuelta por una fragancia floral de futuro indefinido. ¡Qué más da! Es un hecho. Voy a levantarme de la cama y me voy a hacer otro café con leche y tostadas.

26. La vio apenas pasó la puerta.

Habían acordado una cita informal, no era una cita de amor, se trataba como siempre de negocios. Tomás se aprovechaba de la situación pero ella le seguía el juego y nunca se había quejado por nada.

La vio apenas pasó la puerta de vidrio. Tenía el pie derecho vendado sobre un zapato con plataforma de suela de corcho. La cara se veía rojiza como si recién hubiese llorado, los ojos tenían una marcada línea negra hecha sin mucha destreza y los párpados un suave color verde agua. Rengueaba a cada paso y era el eje de la mirada de todos los que se encontraban en el bar. Sería las once u once y poco. A cada paso la minifalda de tela de *Tweed* se balanceaba y arrugaba sobre sus muslos generosos. Ella lo vio ya cuando casi había dejado detrás todo el mostrador de mármol y sus vasos vacíos; él había pedido un café y un sándwich y la esperaba acomodado junto a la escalera que llevaba al entresuelo. Estaba decidido y sin apuro, pero no habían transcurrido más de diez minutos desde el momento en el que se había sentado. Ella por primera vez fue puntual, aunque –y lo sabía– ya era muy tarde para todo. Tomás levantó la mano y llamó al mozo. Le pidió un refresco para ella y luego se puso a buscar algo en sus bolsillos.

–Hola –dijo la muchacha.

–Hola, Nubia.

–¿Qué tal?

–No hay mucho que contar.

–No quise molestarte a tu oficina.

–Ya estás acá. Hablemos.

–Siempre lo mismo. Siempre el credo de las súplicas selladas.

–No te pongas mística. Vamos al grano.

Nubia lo había ayudado en el pasado unas cuantas veces. No era su ángel salvador pero le debía no pocos favores.

–¿Total? –dijo ella.

–Todavía hay algo que tenés que hacer por mí. Solo eso.

–Hablamos, entonces, de unos 2.000 pesos. Es el precio.

Él levantó la punta de las manos de la mesa. Ese fue su único gesto.

–Hay que cubrir unos muertos.

Tomás le dio una lista. La muchacha sacó una libreta y se puso a anotar: *Plaza Center, Mall Los sauces, Borgino Riviera...*

–¿Hablaste con Stein? –preguntó él.

–Él habló conmigo. Me llamó a mi casa.

–Sobreprotector.

–Un poco patético.

–Eso decís también de mí, supongo.

–Sabés que no. Tendrías que conocerlo.

–Prefiero evitar ese encuentro.

Tomás le dio los datos necesarios y cerró su agenda, luego la guardó en uno de los bolsillos del saco. Terminó su sándwich y su café negro y dejó el dinero necesario para pagar la cuenta, se paró en silencio delante de la mesa y se la quedó mirando. La muchacha no pudo siquiera terminar su refresco.

–Adiós –dijo.

–¿No nos vemos nunca más?

–Ahora vos no te pongas tan trágica, ¿querés?

–Entonces, por favor, decí hasta luego.

Él se acercó y le dio un beso en la frente.

27. A veces le gustaría mentir.

Tomás se encontraba frente a un retrato del Papa Urbano II, leía sin discernimiento pero sin parar. Realmente no se encontraba leyendo, lo hojeaba: era un libro de arte de Félix Brown. Lo había encontrado sobre la cama, abierto. Pensaba: "sé que a veces me gustaría mentir". Seguramente querría ser un mentiroso crónico, por lo menos un poco más sutil de lo que fue en este momento. Le hubiese gustado convertirse en otra persona, menos cansado, menos viejo; no quería ser tan predecible como es el pan con manteca. La mentira se delataba en sus ojos: *Riviera Inn*. No sabe muy bien cómo empezó todo pero terminó de la peor manera. Es un río que nunca debió salirse de su cauce. Pero lo hecho, hecho está, pensó en ese momento. Mendoza. Es como una pequeña jauría de hienas que va atrás de un responsable. Una nada. Todos estuvieron de acuerdo en ese instante, pero eso no tendría por qué convertirse en una explicación de los hechos, es una farsa, el atajo. Leandro. Él nunca tuvo una manera particular de hacer las cosas, hacía lo que le venía la gana. Los cheques y los sobregiros, esto va a resultar otro desastre, un cúmulo de errores y de faltas, pensó. De los socios de aquel tiempo solo quedaron seis, si contamos también al abogado. Leandro no dijo esta boca es mía, consiento si no hago, muy probablemente fue lo que pensó. A él le hubiese gustado que alguien diese de nuevo las cartas, pero las cosas no son así de fáciles. Monte Caseros. Una solución saludable sería que todos se olvidaran del asunto para siempre, pero tiene que pasar un cierto plazo, pensó. Solo hay que esperar, sin desesperarse pero sin perder el tiempo con

las hojas de ofertas de empleo del diario del domingo. La línea delgada: eso es todo, es nada más que una línea muy fina, pero no por eso es algo menor, por supuesto, eso pensó. Una vez que caigan todos los frutos de la higuera podrá hacerse dulce; a quien quede el sayo que se lo ponga. *Borgino Riviera Inn*: una solución inmobiliaria. Nada se gana lamentándonos, pensó, eso es lo que es y lo que no ya ha sucedido; hay que ser un poco más prácticos, fue lo que pensó. Se debe poner un precio razonable a la cosa y olvidarse de todo, solo tienen que ponerle un precio justo, y había que minimizar los costes del producto. Hay muchas tetas para varios lechoncitos, pensó. El plato de sopa y la importancia de la mosca. A veces uno se vuelve a decepcionar, eso es todo, pero es más vil el recuerdo de lo no hecho que de lo realmente consumado, como si quisiesen decir esto por aquello. ¡Qué barbaridad! Y los cheques tirados sobre la tapa de la mesa del escritorio. No tiene por qué resolverse todo de una sola vez y para siempre, al menos eso intentó explicárselo, ese día, al grupo metido a deliberar en ese cuarto del *hotelucho* de la calle Guayabos. No creía que atentaran contra su integridad en esos días. Eso fue lo que pensó. *Borgino Riviera Inn*: una solución inmobiliaria.

28. Pasó por una florería.

Tomás había acordado una cita, otra vez había quebrado la regla de oro de “no con una compañera de trabajo”. Pensó que sin duda era una oportunidad que el azar le estaba ofreciendo y no quería desentonar pero tampoco quedarse apabullado. Silvia era todo lo que quería en ese momento y no iba a dar por perdido el juego con tres cuatros.

Pasó por una florería camino a su casa; había recordado que había una florería a pocas cuadras. Quedaría a unas cinco o seis cuadras, pero en definitiva de camino. No quiso ir en su auto y tampoco tomó un taxi, prefirió ir en ómnibus. Hacía tiempo que no tomaba uno, pero a esa hora le pareció lo más indicado. El ómnibus iba casi vacío y miraba a través de la ventanilla un paisaje que le parecía algo lejano. Tenía una idea vaga de dónde bajarse para pasar primero por la florería y cuando pensó que estaba cerca se paró, fue hasta la puerta trasera y esperó ver las luces de la avenida. Buscó el timbre de parada sobre la puerta y luego en los pasamanos, lo pulsó y pudo escuchar la chicharra. Bajó y cruzó a la vereda de enfrente: la florería estaba allí donde se acordaba. La puerta se encontraba cerrada pero las luces estaban encendidas. Lo primero que se le vino a la cabeza fue comprar rosas; más específicamente pensó en rosas rojas, pero en seguida se dio cuenta de que no era la elección más acertada. Entonces pensó en una orquídea, pero terminó comprando unas lindas flores de colores. Salió del comercio con su ramo reluciente y se vio un poco ridículo, esperaba no encontrar a ningún conocido en el trayecto hasta la casa de ella; caminó con vehemencia y buscó siempre la vereda menos iluminada.

Por fin llegó. Cotejó la dirección que tenía anotada en un pedazo de papel con letras en tinta negra. Pulsó el timbre de entrada. Tuvo que esperar a que bajara. Cuando por fin se iluminó el corredor con las tenues luces amarillas tomó fuerzas. Era la primera vez que salía con ella. Era menor que él pero no tanto como para que fuese motivo de escándalo. Era una mujer bastante inusual, con cierta apariencia de ausente y entreverada, con un sinfín de pensamientos que no compartía con nadie; su belleza radicaba en el misterio de su mirada. Podía decirse que le gustaba bastante y que le fascinaba la idea de tener con ella una especie de secreto. Las luces del corredor se apagaron y encendieron un par de veces, Tomás recordó que vivía en un tercer piso por escalera. Por fin apareció. Vestía con ropa informal y parecía reluciente. Sonreía de manera escrupulosa y un tanto íntima.

–¿Flores?

–Sí, flores. Mi madre siempre dijo que yo era un hombre romántico.

–Flores está bien. Me gustan... tienen un color...

–Podés colocarlas en un florero o dejarlas sobre la mesa hasta que se pongan mustias.

–Las flores están bien. Pasá.

La muchacha hizo un gesto y los dos caminaron por el corredor hasta la escalera. Cuando llegaron al tercer piso ella se adelantó y caminó siempre dos pasos delante de Tomás hasta que llegó a la puerta y la abrió, la había dejado cerrada pero sin llave. Fue hasta la cocina y empezó a echar agua de la canilla en una gran jarra de cerámica. Él dejó su chaqueta en el picaporte de la puerta y se paró detrás de la joven para abrazarla. El agua corría por dentro de la jarra haciendo un gran barullo. Él la tomó por la cintura y luego la abrazó hasta que todo el cuerpo de ella cupiese entre sus brazos. La muchacha cerró el pase

de agua y dejó la jarra sobre la mesada, se dio vuelta y se besaron. Después ella sacó las flores del paquete, tiró el celofán y parte de las ramas que adornaban el ramo y los echó en el balde de basura y luego puso las flores dentro de la jarra que tenía agua casi hasta el borde. El ramo rebasó el cuello y salió un poco de agua afuera, que mojó parte de la mesada y algo cayó al suelo. La muchacha tomó primero un repasador y secó la mesada, pasó también el trapo por los contornos de la jarra y por el pico de la canilla. Después sacó del mueble inferior un paño de piso y lo dejó, como quien cubre un error, sobre el charco de agua. Llevó las flores hasta la habitación que servía tanto de sala como de comedor diario y de biblioteca. Era más bien pequeña y tenía unos cuantos libros dispuestos de forma desordenada.

—¿Vino?

—Sí.

Ella fue hasta la cocina y trajo la botella y dos copas. También traía un sacacorchos plateado de dos tiempos que utilizó después para abrir la botella.

Tomaron vino y escucharon —en silencio— la radio. Pasaba música suave e impersonal, algo como lo que puede escucharse en la sala de espera de un dentista. Tomás cambió de lugar de asiento y se sentó sobre el reposabrazos del sillón donde se encontraba la muchacha. Se acercó con cierta torpeza, sincera o pretendida. Iba tanteando hasta dónde podría llegar ese día. Ella le dijo que iban a estar más cómodos si se sentaban en el sillón de dos cuerpos; era un mueble azul. El juego de living mantenía las dimensiones del apartamento. Además de la cocina y de la sala de estar tenía un dormitorio, al que Tomás jamás pasó, y una puerta con vidrios craquelados color marrón claro o caramelo que, claramente, daba al baño.

Estuvieron así, en silencio, por un tiempo que los dos sentían como interminable. Ella de pronto sonrió y él la abrazó y quiso besarla de nuevo pero la joven apartó la cara, aunque se mantuvo entre sus brazos todavía.

—¿Alguna vez le pegaste a una mujer? —preguntó.

—¿Por qué me preguntás eso?

—Solo es una duda que tengo. ¿Alguna vez le pegaste a alguien?

—Cuando necesito romperle a alguien algunos huesos tengo unos muchachos que se encargan de todo.

—Hablo en serio.

—¿Hablás en serio?

—Sí, claro.

Él hizo una pausa y la miró.

—No me peleo con nadie desde los diez o doce años, es más... siempre perdí. Perdí de forma escandalosa. Después de eso me volví, creo que por necesidad, en una especie de pacifista...

—¿Pacifista?

—Sí.

—¿Y si te lo pido? ¿Vos me pegarías?

—No. No te pegaría.

—Eso es lo que dicen todos.

—Vos... realmente.

Ella se quedó con los ojos detenidos en alguna parte. Primero él pensó que se había quedado mirando el espejito que tenía una caja de metal que servía de adorno, después se dio cuenta que solo miraba la nada. El silencio fue muy largo y solo se vio interrumpido cuando se pudo escuchar que alguien intentaba abrir la puerta con un manojo de

llaves. Ella se sobresaltó. Dio una especie de cabezazo en el aire y miró. No esperaba que llegase nadie a esa hora.

La puerta al fin se abrió y se pudo ver la silueta primero y luego la cara de una muchacha. Era muy joven y muy linda. Tenía la cara roja como la de alguien que ha estado llorando todo el día. Parecía una persona que estuviese fuera de sí, enajenada o como si fuese un ser a quien lo invadía una gran pena.

—Perdón. No sabía que estabas con gente —dijo, y se detuvo.

—No te esperaba.

—Ya sé.

—Perdoná la situación. Yo... realmente no te esperaba.

—No. Yo soy así, siempre la cago. Vengo en otro momento, no te preocupes.

—No, quedate. Quedate. Él es Tomás. Es uno de los abogados de la empresa. Ella es Camila.

Hubo otro silencio. Esta vez fue algo duro, avasallante.

La joven, que entró con cierta violencia, dejó el abrigo sobre un sillón y fue hasta la cocina. Tomás sacó los brazos que enredaban el cuerpo de la otra muchacha, no sabía si pararse o quedarse en el mismo sitio.

Hubo un gran alboroto al otro lado de la arcada; se cerró la puerta de un aparador, cayó un zapato o hubo un ruido parecido. La recién llegada venía de la cocina comiendo un sándwich de queso y en la otra mano traía una copa igual a las que estaban a medio tomar, sobre la alfombra azul y morada. Se sirvió un poco de vino, mientras comía su sándwich, pero no dijo una palabra. Estaba descalza y tenía unas medias deportivas arrolladas.

Tomás vio la necesidad de decir algo pero no supo qué decir en ese momento, así que se levantó y fue a la cocina, tomó su chaqueta, que

había quedado enganchada en el picaporte de la puerta y saludó. Se despidió como pudo y la muchacha lo acompañó hasta la puerta de entrada. No hasta la puerta del departamento sino hasta la del edificio. Los tres tramos de escalera se volvieron para él aún más inhóspitos que la noche que lo esperaba afuera.

—Camila es así. Es una amiga. No me acordaba que ella tenía las llaves de casa. Es un poco parca, pero seguro que le caíste bien, no te hagas problema.

—En otra oportunidad, entonces.

Ella asintió con la cabeza. Luego le dijo:

—No quisiera hablar de trabajo en este momento, pero...

—Ya firmé todo y se autorizó el traslado. Ahora vos sos la persona contable del estudio. Ya no tenés que atender los acreedores en el despacho, ni copiar memorandos, ni hacer las fotocopias, ni nada de eso.

—Gracias.

—Te lo merecés, no es nada.

Se produjo otro gran silencio. Ella quiso darle un beso de despedida y él trató de evitarlo. Entonces la muchacha se tocó el cuello, pasó las dos manos por su cuello hasta que llegó casi a la nuca, hizo un poco de fuerza, un suave tirón, y se sacó una cadenita con una medalla. Era una medalla chiquitita. Brillaba con la luz del farol que había del otro lado de la entrada, pero Tomás no podía verla muy bien a causa de la gran oscuridad que los rodeaba. Estaban de pie, bajo los escalones, delante de la puerta.

—¿Qué es?

—Era de mi madre. Es Santa Lucía —dijo ella.

—Gracias, esto no es necesario —dijo él, pero sin embargo la sostuvo entre sus manos.

—Ella decía que era muy milagrosa, es para vos, tenés que quedártela.

Él la miró. La dio vuelta y la miró del otro lado.

—Gracias —dijo.

—Hasta el lunes.

Se despidieron y él empezó a caminar por una calle lateral hacia la parada del ómnibus. Guardó la cadena con la medalla en un bolsillo interior del abrigo, resopló, cerró por un instante los ojos y siguió caminando. Pasó, de camino, por la puerta de la florería: habían cerrado el local pero las luces habían quedado encendidas, al menos las luces de la puerta. Mal día para jugar al 21, pensó. Encendió un cigarrillo, pitó y siguió caminando.

29. Hubo un accidente.

Hubo un accidente en el centro. Un automóvil se dio de lleno contra un taller en la calle Alicante. El auto entró por la vidriera llevándose consigo dependientes, mostradores, mesas y todo a su paso. Fue temprano, a eso de las diez de la mañana. Por casualidad o por destino no había más gente en la calle. No pueden entender, todavía, cómo el conductor hizo una maniobra tan desafortunada. Nada impedía, a simple vista, que pudiese dar el giro en la esquina normalmente. Piensan que pudo sufrir un paro cardíaco o haber tenido una hipoglucemia o que todo fue producto de una simple distracción o que lo habrían encerrado en el cruce de calles con otro coche. La policía investiga con cautela los hechos y en particular este indicio. El local era un taller donde se embolsaba y enfrascaba fragancias y talco cosmético. Todo de pronto se convirtió en un desastre fabuloso. El polvo blanqueó la calle y la vereda a dos cuadras a la redonda y los trocitos de vidrio y loza se esparcieron por el suelo y se fueron metiendo dentro de las casas linderas. Se informa de dos muertes: una trabajadora del lugar, de nombre Marga Yanes y el conductor del vehículo, llamado Mario Tenuta. Las dos personas son mayores de edad y murieron en el acto. Se espera que se realicen las autopsias del caso para tener datos más precisos que sirvan de argumento al fiscal, como elementos de juicio. Concurrieron al lugar del siniestro los móviles asignados por el centro de radio patrulla y un convoy completo del cuerpo de bomberos.

30. ¿Qué hacía ese tipo?

Una vez que Silvia subió los tres pisos hasta el departamento tuvo que enfrentarse con el reproche de Camila.

–¿Qué hacía ese tipo en casa?

–Ahora es mi casa.

–Pero, ¿qué hacía acá?

–Es un compañero de trabajo.

Camila caminó hasta la cocina y señaló. Lo hacía con cierto desprecio.

–¿Flores?

–Sí, flores.

–Me parece que alguien se quedó en el siglo XIX.

–¿Estás celosa? –dijo Silvia, y sonrió.

–A veces extraño esta casa.

–Lo sé.

–Estamos bien, ¿verdad?

–Estamos bien.

–Lo digo por todo.

–Estamos bien, no te preocupes.

–Entonces, ¿por qué un tipo en casa?

–Era solo un amigo.

Camila la tomó de un hombro y del brazo. Silvia intentó soltarse, luego accedió. No llegaron a forcejear, fue un agarrón, solo un breve contacto.

–¿Vamos al cuarto? Me animé a venir, ¿viste? Sé que soy un desastre, que la cagué de forma horrible, pero te extraño mucho. ¿Venís conmigo?

Silvia sonrió.

–Tengo que arreglar un par de cosas, todavía. Hoy fue un día de locos. Hay Coca Cola en la heladera y *strudel*, queda un poquito. Podés dejar ese resto de sándwich en un plato chico, si querés. No dejes migas en el sofá, ¿sí? Ahora estoy en otra cosa. No podés decir solo lo siento y venir así, como perico por su casa. No sé. Está bien. Después te sigo.

–Te voy a contar lo que vi en el camino.

–Sí. Después te sigo.

31. Dos entradas.

Dos entradas, por favor, le dije al boletero. Era un viejo cine de barrio. Tomó el dinero como quien agarra un trapo mojado. Entramos.

Camino decidida, a paso audaz, por el pasillo lateral izquierdo de la sala casi llena. Dos cosas son importantes en estos casos: sentarse en la última fila del cine y no pararse ni para ir al baño. Hubiese querido que fuese ella, pero no es así, no pudo o no quiso. Una compañía ocasional y el perfume barato. Tal vez encuentre, sin embargo, algo que merezca la pena ser develado. Llega pronto la caída de las sombras en la sala, solo se ve una luz. Se enciende el reflector: ya no hay tiempo para nada. Vuelvo a empezar: es una pena que no fuese ella, sí es una pena. Hay, en mi cabeza, una sensación como de finalización, una ausencia. Dos boletos de cien pesos y un paquete de pastillas de menta. La veo reír. No puedo tocarla, tocarle la mano. Quiero rodearla con el brazo y no debo, no puedo siquiera tocarle una mano. Veo la sonrisa y los ojos de niña bajo el pelo enrulado, sin un tono de maldad, sin deseo. Es como si llevara a la prima Clarisa a una kermesse del colegio Santa Rita, es un bochorno; sin ninguna duda fue una mala elección. A lo hecho puesto el pecho. Ella es todo lo que se ve, lleva la cara lavada y dos perlas por aros o pendientes. No sé cómo pude equivocarme tan feo. Llamame mañana si querés salir, le dije, este sábado mejor, porque estoy triste. ¿Novia? No, dejé hace unos días, dijo ella. ¿Cine? Está bien un cine, claro, ¿por qué no? Paso por vos a las nueve. Fui sobre todo cordial. No pude ser tan imbécil. Quiero que termine, de una vez por todas, la función; es la última de todas. Quiero

un poco de aire y una botella de cerveza. Un lugar para huir de una vez y quedarme así, quietita. Un agujero. Quiero meterme en un agujero y no salir y que nadie me vea. Algunos ya se paran, se enciende la luz a los lados de las butacas. Invade un rumor como de papel de envoltorio vacío que se tira y vasos de plástico deshechos o es solo el sonido en mi mente que delata que todo es un gran desastre. Ya es tarde, pensé. Ya es muy tarde. Pude pedirle al acomodador que me dejara quedar en la butaca hasta el momento que tuvieran que ordenar la sala, que se fuera y volviera más tarde, pero no. Pensaba en ella y solo en ella y en otras cosas inútiles en ese momento. *Miss 15* me mira y dice que va a ir al baño solo un minuto, me pide que aguarde, pero no la espero. Salgo despacio, al fin. Dejo la sala. Camino por las calles negras; voy en silencio. Camino sola y disgustada. Fumo. Soy un fuego, un demonio, voy con frenesí. Soy la peor, siempre lo dije, soy un verdadero desastre. Voy contando las paradas vacías y los bares de borrachos. Lloro. Muero de amor. Me han dicho que en ocasiones, por aquí, repican otros pasos. Y yo la espero solo a ella. ¿Por qué te fuiste tan lejos?

32. ¿Qué estás leyendo?

Luisa llegó a la sala. Se había puesto un saquito de hilo sobre el camisón rosado. Tomás la miró, solo levantó la vista del diario.

–¿Qué estás leyendo?

–Nada en particular.

–¿Viste ese accidente que hubo ayer en el centro? –preguntó ella.

–Algo vi.

–¡Qué horrible!, ¿no?

–Sí, bastante.

–¿Cómo pudo darse así, contra los vidrios?

–Quien sabe.

Ella entonces se sentó frente a él. Se acomodó bien en la butaca. Se había lavado la cara para quitarse el rímel de las pestañas y se había secado con una toalla húmeda que le había raspado bastante la piel.

Todavía le hervía la cara un poco.

–¿Alguna otra novedad? –dijo.

–Subió el dólar.

–Entonces nada en particular...

–Nada.

Ella permaneció, sin embargo, un rato más sentada frente a él, pero callada.

33. Quisiera tener una vida.

Quisiera tener una vida. Una verdadera vida y estar muy satisfecha conmigo misma. Quiero ser un pez y no poseer más que 3 segundos de memoria. Algunos hombres sí lo hacen. Quisiera no tener que preocuparme por cómo puedo llegar a fin de mes y no estar pendiente de las macanas que me mando. Quiero tener los poderes de hechizada pero no quiero un esposo que se llame Darrin. Quiero ser rubia y tener un grado en psicología. Quiero ser flaca. Quiero que las barras de cereales tengan sabor a mucho. Quiero creer. Quiero querer. Quiero crecer, solo un poco. Quiero eso y mucho más, quiero todo. Quisiera sacarme la lotería de fin de año. Pero a veces pienso con pereza. Despierto y me levanto con cierta desidia y creo que es inútil que me ponga a buscar todos esos pensamientos que tengo dentro de la cabeza. Es fácil que una llegue de esa forma al cansancio, a la indolencia. Quiero paz. No voy a negar que siento cierto regodeo con el silencio. Callo y veo irresponsables todas esas palabras que digo. Siempre fue así, según recuerdo. Yo sola. Solo con mi silencio. El silencio es un amigo bastante andrajoso y triste, pero es el único que tengo. Las palabras que me salen de la boca me costaron más de un malentendido y una desilusión moderada. No hay duda en eso. Dicen también que soy bastante necia, pero no me importa: soy así; cómprelo o déjelo. El tiempo dirá si es cierto eso. Cada minuto se come al siguiente, como Cronos a sus hijos, y nada impide que todos vayamos a la muerte. ¡Qué crueldad! Me doy asco de cursilería. Hay un perro que te ladra sin embargo. El perro que siempre sigue a la sombra, eso

pienso. Pero a pesar de todo yo solo quise ser feliz, como un ternero. Quiero que todas las mañanas sean de pan y café con leche y quiero comprarme un dispensador con tu perfume. Ya lo sabés. Quiero un quiero. Un boleto para pasear. Quiero el deseo.

34. El bar era amplio.

El bar era amplio, lo que permitía que las mesas no estuviesen unas sobre otras. Afuera llovía y adentro había mucha humedad, por eso el suelo llevaba una pátina gomosa que lo hacía casi intransitable. No había música y solo se escuchaba el murmullo que se interrumpía cuando alguien abría y cerraba la puerta de vidrio. Había poca gente, sin embargo todos se encontraban bastante animados y aunque no era viernes ni sábado bebían como si fuese la última copa.

—Buenas noches.

—Buenas noches —dijo Tomás, y levantó la vista de su mesa.

—Mi nombre es...

—Lo sé. Es como si lo hubiese conocido de toda una vida —dijo.

—¿Eso es algo malo? —preguntó Stein.

—Me lo tiene que decir usted.

—No necesariamente, Doctor Campos —dijo, y se sentó a un lado.

—Por favor, con Tomás alcanza.

—Tomás, le diría que hay varias formas de ver este asunto —dijo, como si continuara una larga conversación previa.

—Una es como lo vio Tenuta.

—Es un ejemplo triste, sí —dijo Stein, y se alisó el borde del pantalón con los dedos.

—¿Y el otro modo?

—Hay varias formas, como le decía. Empecemos por saber bien dónde estamos parados. No me diga en un pantano o algo de ese estilo, hablo de números, más precisamente de números exactos.

Entonces Tomás levantó apenas la cara sobre uno de sus brazos y se precipitó a contestarle.

—Puedo darle esas cifras la semana que viene, tengo que ver unos libros y unas anotaciones que guardo en algún sitio.

—Además deberíamos hablar ahora de lo que es confidencial.

—Eso quiere decir...

—Si la caga cae solo. No conoce a nadie y todas esas cosas que ni tengo que decirle.

—Sí, eso lo sé de siempre.

—Bien. Esperemos, entonces, esos números.

Stein se acomodó un poco sobre su silla, miró el único vaso que había sobre la mesa, que estaba casi vacío, y preguntó:

—¿Qué está tomando?

—Ron añejado. ¿Usted quiere lo mismo?

—No. Voy a pedir un Wild Turkey.

Dijo esto e hizo una seña con la mano al mozo, que estaba lejos pero se acercaba muy despacio, entre violentas sacudidas, por un pasillo.

—Conocí solo a una persona que tomaba ese whisky raro, no es muy común por aquí, ¿sabe?

—Eso me lo dicen siempre.

Llegó el mozo y Stein hizo su pedido, el dependiente le consultó si lo quería con hielo. El hombre era alto y gordo y la túnica del uniforme le quedaba un poco chica.

—¡Por los números exactos! —dijo Tomás, y levantó su vaso.

—Por las cosas hechas —dijo Stein, sin una sonrisa en su boca.

Entonces Tomás se acercó un poco más para hablar, casi en tono de confesión. Stein lo miró de arriba abajo detrás de sus anteojos, que

tenían un suave color verde que le ahumaban la vista. Había impuesto una distancia prudencial entre los dos y siempre lo mantenía a raya.

—Mi esposa...

—Luisa.

—Sí, Luisa, ella cree que estoy un poco desquiciado y que soy bastante decadente, patético me dice. Es su punto de vista, por supuesto, pero la verdad es que quiero encontrar un poco de paz en estos días. No creo que sea mucho pedir, además. Pero a veces me cae de arriba la carga de la desesperación y me desmoralizo. Para resumirlo en una idea hay una especie de conciencia que me aprisiona, podríamos llamarle el carlanco.

—De ese tema sé muy poco, Tomás. Mi abuela me decía: llorá con ganas Marquitos, llorá, que luego llueve y nadie se entera.

—Abuela filósofa.

—Longeva.

—Como Heráclito.

—¿Qué cosa de Heráclito?

—El del río. Usted tenía una abuela filósofa, entonces.

—Sí, claro, un poco de todo eso estamos hablando.

—Pero... ¿A qué debo esta visita?, diría la mía, que era de Corrientes.

Stein hizo un silencio premonitorio y luego empezó a hablar con la serenidad de quien hornea un pavo.

—Antes la gente pensaba que todo estaba bien, pero no todo está bien, de igual forma. Por eso es que tuvo que imponérsele la ley.

—Los mandamientos, dirá. Las doce tablas de Roma y cosas por el estilo.

—Había discordancias, y tenían que encausarnos de algún modo.

—Lo dice por Tenuta.

—Sí. Algo por el estilo.

Tomás pidió otro ron. El bar se llenaba, poco a poco, y el humo de los cigarrillos ya se volvía algo insopportable. El local no estaba en el centro ni en una zona residencial pero se llenaba en cualquier día del año. Estuvieron así, charlando por un buen rato. Stein seguía un hilo de argumento y Tomás pedía otro y otro vaso de ron. Qué hacer. No era una broma; eso nunca lo supo mejor que en ese instante. Tendría que dejar que las aguas pasaran bajo todos los puentes y dejarse llevar por la corriente sin poner casi resistencia. Stein recalcaba sus ideas golpeteando la yema de los dedos sobre la mesa. Parecía que nunca iba a terminar ese asunto y las servilletas se apilaban, en desorden, a un lado de la mesa. Tomás pidió otro vaso.

—¿Siempre viene aquí? —preguntó Stein.

—Nunca estoy siempre en ningún lugar. No vuelvo nunca a ninguna parte.

Stein se le acercó un poco más. Podría oler, incluso, el perfume de su agua de lavanda.

—¿A qué le tiene miedo, Tomás? Dígame la verdad —le dijo.

Tomás hablaba y bebía y miraba a uno y otro lado, mientras Stein lo observaba y permanecía extático; solía ser un páramo. Era inusual la delicadeza con la que se aproximaba a cada objeto, merodeando sus contornos primero, y luego poseyéndolo sin decoro.

—A la iniquidad —dijo Tomás, de golpe— a eso le temo.

—Explíquese.

—No puedo.

—¿No puede?

—No.

—Me parece que su esposa tenía razón —dijo Stein.

–¿Por qué lo dice? ¿Por lo de patético?

–Por lo de carlanco. Cuídese, Tomás. Cuídese sobre todo de las alturas.

35. No sé por qué.

No sé por qué me vienen esos pensamientos en este momento. Son recuerdos, imágenes, el olor del desayuno caliente. Yo había elegido un hotel muy vistoso en la guía de Londres que había llegado hasta mis manos. Me encontré con Elena en *Victoria Station* y tomamos un taxi negro hasta el hotel. Hubiésemos tomado un taxi más barato pero nos pareció apropiado llegar así. El hotel quedaba a una cuadra del *Hyde Park*, o al menos eso es lo que recuerdo. Era muy elegante y en el mismo momento que llegamos nos dimos cuenta que no era algo como para nosotras. Nos registramos. Dijimos que éramos primas. No había servicio de botones y tuvimos que llevar nuestras valijas hasta la habitación. El hotel era muy caro y solo pudimos quedarnos una noche. Luego fuimos hasta *Victoria Coach Station* y de allí a un local de información para turistas y pudimos elegir algo mucho más barato, que nos permitiera quedarnos al menos una semana en Londres. El hotelito quedaba muy cerca de ahí. Era algo totalmente distinto al primero que habíamos elegido. La escalera de madera crujía con el peso que llevábamos –tampoco había servicio de botones, eso ya lo esperábamos– y la habitación era tan chica que apenas cabían las dos camas, mínimos muebles y nuestras valijas, que habíamos dejado en el suelo. Llovió toda la noche pero no nos importó. Al otro día estábamos muy temprano esperando el desayuno. El salón comedor era poco más grande que el comedor de una casa de familia. Elena pidió café y tostadas. Yo quise el desayuno completo. Esto incluía un

plato con papas con salsa de tomate y salchichas, además del café con leche –no quisimos tomar té– y el pan con mermelada y unas *cookies*. Elena no lo podía creer, pero comí todo el desayuno. En la semana dimos las vueltas necesarias que hace todo turista para decir “yo estuve aquí” y visitamos todas las torres y museos y parques, a pesar de la lluvia fina y constante. Podríamos haber visitado algún museo más pero disfrutábamos solo con la idea de estar solas. Era nuestra primera salida fuera del país. Nuestra aventura europea. A Elena le hubiese gustado más la idea de pasar una semana en París pero yo quise ir a Londres y todavía en aquel tiempo no estaba para nada arrepentida. De noche juntábamos las camas en el medio de la habitación. Sabíamos que el ruido que hacíamos con los muebles iba a ser motivo de sospecha pero entonces nada nos importaba. Nada podría interponerse y quebrantar esos días de descanso. Lo tomábamos así: un viaje de placer y un motivo de descanso. El dueño del hotel era indio o paquistaní. No se mostraba muy amable pero no nos dijo nunca nada inapropiado. Los demás pasajeros del hotel eran bastante discretos y callados. Con decir que no vimos más que a dos o tres, una vez, en el pasillo. Pero de noche se podía sentir que el hotel no estaba vacío. Alguien escuchaba la radio o la televisión a un volumen fuera de lo habitual y se podían advertir también algunas conversaciones acaloradas y hasta algún portazo. Nuestra vida en Londres era frugal y feliz, pero yo siempre tuve ese don de deshacer todo lo que me había costado un gran triunfo construirlo. No sé cómo pasó pero las cosas sucedieron una tras otra, sin control. Había una muchacha en uno de los paseos que hicimos por la ciudad. No sé dónde fue. Sí, sé bien dónde fue, aunque a veces quisiera olvidarlo y me miento un poquito cuando lo recuerdo. Fue en el museo de cera de *Madame Tussauds*.

Era una muchacha de ojos muy lindos. Tenía el pelo rubio y lacio atado hacia atrás y un pocito en el mentón que la hacía un poco niña. Sin embargo debería tener la misma edad que yo. Nunca supe si era holandesa o alemana. Elena se había adelantado unos pocos pasos, caminábamos por la cámara del horror, de pronto la muchacha me sonrió y yo la tomé de la mano. Caminamos el circuito del museo así, una detrás de la otra, aferradas de la mano. Cuando ya estábamos por salir, y yo pensaba que nadie se había dado cuenta de ese mínimo y tonto evento, la mujer que acompañaba a la joven me empezó a gritar. Gritaba con dureza en un inglés casi perfecto, entonces Elena enseguida se dio cuenta de todo lo que pasaba ahí, me miró y no dijo nada. No dijo una sola palabra en ese momento, no hacía falta. Fin del capítulo inglés. Volvimos en el vuelo en completo silencio. Siempre pude cagar la mejor situación, yo soy así. Era casi nuestra luna de miel y estábamos tan felices. Soy la peor. No tengo remedio. Si por lo menos pudiese advertirle a todo el mundo de que soy así, que soy una especie de broma de mal gusto. Cuando me acuerdo de Londres no recuerdo el museo de *Madame Tussauds*, me acuerdo de los desayunos con papas y salchicha y del dueño del hotel paquistaní, el ruido que hacían las camas cuando las uníamos, y enseguida me viene ese silencio sepulcral de Elena desde la estación al aeropuerto. Y luego el viaje interminable en avión. Leo una carta ya muy vieja que dice: *Camila sos mi amor...* Soy como una película de terror, un mal bicho. Quiero morirme, no me quiero despertar más, no quiero un más quiero. La vida transita por los aparadores de Victoria Coach, *fish and chips*, camisas blancas planchadas, secretos de solo dos peniques. Una señora pasa tirando del cochecito viejo con su bebé. No quiero más un no y el lastimoso silencio. Nené. Un hotel barato: papas y salchicha. El sudor

en la habitación y la ducha compartida. También tengo una foto de la Torre de Londres.

36. Frente a la caja.

Tomás observa y piensa. Está frente a la caja de las fotos, abierta, entonces piensa: recuerdo todo eso. Acá está la oficina, el escritorio de la calle Moreno y Pérez Castellanos, Luisa encajaba con el decorado. Era bonita pero no de forma escandalosa y tenía los dones de la soltería y la serenidad bien entendida; olía siempre a perfume de jazmín. Pedía poco y nunca llamaba para importunarnos. Ella siempre fue sincera conmigo, incluso cuando debía recordarme que no era yo quien pagaba su sueldo ni las flores que había siempre sobre su escritorio. Flores y bonificación, pensé, hubiese jurado que esa fórmula era su fragancia; debo admitir que tengo un pésimo olfato debido al cigarrillo. El hecho es que nunca se me había presentado la oportunidad. Luisa encajaba justo con lo que hubiese pedido aquel día, de lo demás no recuerdo mucho en este momento. El saludo, la broma habitual, los sándwiches del mediodía y unas pocas palabras banales por la tarde. La salida al bar Catedral. El reloj pulsera y el adiós. Cincuenta días. Una mención: Luisa y sus carteras de marca. Otra foto en su lugar. La despedida de soltero en la casa de balneario; Bautureira llevó el destapador: seis casilleros de cerveza y cuatro pollos asados. Aquí está la foto de Salvador. Bahía y las fotos en la playa. Las bahianas disfrazadas y los niños vendiendo baratijas. Cómo hacer de una ocasión especial el leitmotiv de los primeros años de matrimonio. Las tardes en la explanada y los mejores camarones que comimos frente al mar; el resto es solo unas cuantas cosas para el olvido. Otra foto: de la mano de Luisa, frente a la puerta del tren fantasma. Aquí está la foto del 93: fue

un baile de máscaras en el Hotel del Parque. Recuerdo que salí a tomar una copa y me perdí, como lo hice tantas veces en la vida. Un punto a resaltar, claramente, la señorita Belvedere con los rizos sobre la cara. El arte del cazador. Aquí alguien dejó la secuencia sin culminar. Hay un alto y un silencio, antes y después de la mascarada del hotel. Dejo todo en su sitio y me vuelvo a la sala, donde me espera un café negro con un cigarrillo. Lo dicho: raspar el azucarero es signo de desgracia. No es algo bueno en esta vida atarse solo a los recuerdos: una mirada más atrás y nos encontramos con la túnica de la escuela y la fiesta de fin de año. Como decía mi madre: del espino crece la rosa y de la rosa nace el espino.

37. Tomás entró en la peluquería.

Tomás entró en la peluquería y la encontró desierta. Vittorio, cuando lo vio pasar por la gran puerta de vidrio dio un salto de la silla y fue a recibirlo.

—¿Cómo está usted? Hace tiempo que no lo vemos por aquí.

—Hará un mes, creo.

—Mes y medio, me parece.

Tomás dejó su saco en un perchero que se encontraba en el fondo del local, luego de la serie de sillas de mimbre y revisteros que desbordaban con ejemplares de diarios y revistas de deportes. Vittorio le hizo una señal para que se sentara en el segundo sillón y enseguida le acomodó el cuello y le puso la bata.

—¿Qué pasó con toda la gente? —preguntó.

—Es semana Santa.

—¿Y usted igual tiene abierto?

—Abro de lunes a miércoles. Cierro el jueves hasta domingo de Pascua.

Tomás se iba acomodando un poco en el sillón mientras daba un amplio vistazo al lugar. Cada objeto estaba en su sitio.

—¿Es muy religiosa la gente de este barrio?

—No es eso, es que muchos comercios dan licencia a sus empleados en estas fechas y aprovechan para ir de pesca y de caza.

Vittorio le acomodó un poco más la bata que llevaba alrededor del cuello y giró el sillón con destreza. Tomás quedó mirando el sillón con cabeza de caballo, donde cortaban a los niños.

–¿Pelo y barba?

–Pelo y barba –dijo.

Tomás quedó unos segundos en silencio al mismo tiempo que observaba todo de nuevo, mientras tanto el peluquero hacía chillar los filos de la tijera uno con el otro sobre su frente.

–Tampoco está el niño...

–¿El niño?

–El chiquito que barre la pelusa en la puerta.

–No, tampoco. Fue con su familia a un balneario. Uno de esos que quedan por la ruta nueva... solo unos días, para cambiar de aires.

–¿Su hijo? –preguntó enseguida.

–Él está bien.

Vittorio casi siempre llevaba a su hijo al trabajo. Era un niño muy feo. Se pasaba sacando los mocos de la nariz. Era grosero y parecía un poco lento.

–El niño está bien – dijo, como para adentro.

El peluquero tal vez pensaba en alguna otra cosa, pero no lo dijo. Quedó en silencio, sin dejar de tintinear las tijeras detrás de su cabeza. Tomás retomó la conversación, pero con un tópico del fin de semana, sin dejar de ser una charla vana.

–Supongo que le darán los puntos a Colón... el partido fue un verdadero robo.

Vittorio sonrió, mientras recortaba la patilla, con esmero. Hacía su trabajo con una meticulosidad impresionante. Tomás permanecía con la vista perdida sobre el borde el caballito de la silla giratoria para niños; no sobre el caballo, sino solo en el borde. Lo miró a Vittorio y dejó salir un suspiro.

—Es algo importante que le den los puntos perdidos a su equipo —dijo el barbero.

—Es un asunto de justicia, ¿no le parece? Colón merece que le den esos tres puntos. Es un tema de conciencia.

Se escuchó el ruido de la puerta de vidrio. Vittorio se sobresaltó. Enseguida llegó el saludo.

—Buenos días.

—Buenos días.

—Buenos días, señores.

Tomás difícilmente podía moverse en su sillón, estaba como maniatado, el silencio permitía que escuchase su propia respiración sobre el apenas insinuado bigote. Vittorio tomó la navaja y empezó a rasurar; tenía la buena mano de quien afeita cada día hace más de veinte años. Tomás pasaba una y otra mano sobre la silla de metal y cuero. Enseguida el peluquero llegó con una toalla húmeda y caliente, se la colocó sobre la cara. Le cubrió la boca y los ojos. Después la retiró y la llevó hasta el fondo. Hubo otro silencio, pareció interminable. Tomás pretendió erguirse un poco. Se instaló en su cabeza un sentimiento de inquietud, algo inexplicable, le corrió por el cuello una gota de sudor gruesa, fría. Entonces se incorporó, de golpe, y miró a todos lados.

—Todavía falta que le pase loción —le dijo el peluquero.

—Déjelo así.

Vittorio retiró la bata y la dobló en cuatro.

Ayudado con sus codos, Tomás se enderezó, se paró, y fue por el saco de su traje. Los hombres que estaban sentados seguían leyendo; parecía que estaban en lo suyo, ajenos a él y al peluquero. Tomás no lo veía de ese modo. Vittorio le alcanzó el cepillo de ropa para que lo

pasase por su traje, lo lustró con displicencia, le devolvió el cepillo y buscó su billetera dentro del bolsillo. Los hombres, que se encontraban sentados, levantaron la vista y empezaron a doblar sus diarios; hicieron con las hojas un pequeño estruendo y se aprontaron. Tomás pagó y caminó hasta la puerta. Vittorio le gritó:

—¡Señor!

Cuando se dio vuelta vio que uno de los hombres ya ocupaba su lugar en el sillón y que el otro estaba de pie, todavía con una revista en la mano.

—¡Felices Pascuas!

—Felices Pascuas a usted también —dijo, y abandonó el negocio con premura.

38. Estoy cansada.

Estoy cansada. Estoy muy cansada. No por lo hecho hoy, no por todo lo que hice en la vida, pero realmente estoy muy cansada. Apenas puedo mantenerme de pie. Se me cierran los ojos y me pesan los brazos y las piernas. Es como si no quisiera ir a ninguna parte. Como si en lugar de caminar me fuera desplazando hincada por el suelo. Es una especie de desintegración de mi estado como ser humano. Una triste historia que se vuelve a repetir. Estoy cansada y llega el tiempo en donde no quiero seguir caminando. No digo que termine todo con un acto de barbarie, pero un día no voy a tener fuerzas para seguir andando así. Como si fuese simple y natural: mis piernas no van a responder al mero mandato mental de dar el siguiente paso. Como un anciano que no quiere despertarse o un niño que no quiere ir a la escuela. Como quien llega de varios años de viaje y nadie sale a recibirla a la puerta. Todos están en su vida, su hoy, su entonces. Ya no es necesario caminar, pensaría ese viajero que ha vuelto y se encuentra solo. Nadie te espera para tomar un café con leche o para ver un programa cómico en la televisión. A veces una hace lo que hace sin pensar, sin ver sus consecuencias, y así vamos empedrando nuestro camino al cielo. Y detrás subyace la caverna. Todo un acto de renuncia. Entonces una se para y decide que ya nada es igual, nada es lo que se había añorado tanto en algún tiempo. Entonces solamente deja de andar, no da un paso más, se para. Y encuentra que nadie se da cuenta.

39. Eran las diez.

Eran las diez si no eran ya casi las once, y el silencio invadía todo. Se encontraban sentados en el comedor, al lado de la cocina, los dos ya habían cenado. Luisa dijo:

—La mujer: un lugar en el silencio.

—¡Vamos!

—¿A dónde vamos? —dijo ella, furiosa.

—Esta semana tenemos tres días para charlar: tenemos sábado, domingo y lunes.

—El sábado vos siempre te vas para afuera.

—Pero vengo temprano... por lo menos domingo y lunes.

—Mirá.

—Voy a tomar una hoja en blanco y vamos a escribir todos esos temas que nos puedan interesar y, por supuesto, sobre la marcha también podemos improvisar algo.

—No me hagas reír, ¿querés? Me voy a la sala.

—No te pongas así.

Él intentó agarrarla de una mano pero ella se le resbaló y empezó a caminar dándole la espalda, como si quisiera evitarlo. De todos modos seguía hablando con él, y quería enfatizarlo con los brazos en alto, sobre su peinado.

—No nos estamos soportando y no sé por qué. De amor ni hablamos.

—No te pongas dramática. Hay un tiempo para todo.

—Y vos no te pongas bíblico, no me vas a commover...

—No veo el motivo por qué te quejás.

–No podrías ver un león si lo tuvieses enfrente.

–Solo quiero que nos llevemos bien.

–No te tomes solo el caldo. Comé también los fideos.

Se hizo un silencio. Entonces ella volvió de la sala, como quien busca un último round que pueda salvarlo, se acercó hasta que quedó a solo una mano de distancia. Podían escucharse uno al otro su respiración, la cara de ella se veía desencajada. Él dejó la hoja del diario, que todavía sostenía con una mano, a un lado, en el piso, la atrajo con el brazo y ella se soltó de nuevo, con más fuerza. Tomás le dijo:

–Luisa...

Ella, una vez que se desembarazó de su marido, caminó hasta la puerta, pero se quedó parada en el umbral. Parecía consumida.

–¿Entonces se acabó? –dijo él.

–No, no se acabó. Pero estamos desgastándonos de a poco. Es peor que eso...

–¿Si te invito con una cena este domingo? Un lugar tranquilo, vino, velas...

–Me das pena.

–¿Cómo puedo convencerte? ¿Me querés decir?

–¿Sabés qué? Soy como los elefantes, tengo una memoria prodigiosa. Si me hacés así y me duele, no me voy a olvidar de eso nunca en la vida.

–Luisa...

–¡Basta!

–Esto, realmente, es algo innecesario...

–Gratis, querrás decir.

–La palabra correcta es innecesario.

—¡Basta! Me voy a la sala, cuando te vayas de acá dejá la luz apagada.

40. Estoy sola.

Estoy sola. Mi madre y mi hermana se fueron. Volvieron a Madrid. Y yo sigo acá como si tal cosa. No quiero rendirme a los hechos pero sé que estoy acabada. Ya no resisto más esta situación. Cerré las cortinas de todas las ventanas. Oscurecí la pieza. Apagué las luces. Me eché sobre la alfombra y después me tiré en la cama. Solo me quiero morir. Quiero empezar todo de nuevo. Estoy sola una vez más. No tengo a nadie con quien compartir una sonrisa. Ni un libro ni un pedazo de pan, o un vaso de vino o un cigarrillo, de esos que siempre se apagan. Quiero el deseo, y también me quiero morir. ¿Por qué me equivoco siempre? Soy una inútil sin arreglo. ¡Mierda! Armo un barquito de papel. Me cuesta horrores hacer los pliegues. Está todo mal hecho, ya lo sé. Es una asquerosidad, un triste adefesio. Me da rabia y lo parto en mil pedazos y me los quiero tragar, quiero tirar todos los muebles por la ventana. Quiero gritar un millón de malas palabras. Estoy harta, y estoy tan sola. Me dan ganas de llorar. Quiero romper todo y me quiero morir. Si al menos pudiese decirles a todos que los quiero. También a papá. Quiero decirle que le perdono todo. Y a mi madre y a mi hermana, quiero decirles que alguna vez fui feliz. Quiero mentirles a todos y sacarme las ganas, no me voy a poner a discutir. Quiero que un día me respeten tal como fui. Como fui siempre, como soy ahora, ese pedazo de buena intención que no puede decir bien una palabra. Ellas entienden; al menos deberían entender. Busco en mi vientre algo que no está. Soy un alma muy gris. Quiero pintarme las uñas de todos los dedos. Cada una de un color distinto. Solo me quiero morir, pero ni eso

puedo. Y siempre está ella ahí. Elena me quiso sin medida, y siempre me fue fiel. Me cuidaba como quien cuida a su cachorrito díscolo, me mimaba como nadie. Sé que está acá: puedo olerla y escucharla por las noches. Nené. Aparece todas las mañanas. Es como si quisiera despertarme y sentir su presencia en toda la casa, como si nunca se hubiese ido. Quiero esperarla, decirle que me devuelva todo eso que le di. Y también le pediría perdón por todo lo que le saqué y me lo quedé conmigo. Todo lo que le fui robando, de a poco, con ferocidad y sin malicia. Estoy muy sola conmigo misma. Tiemblo. Noto que me puse a temblar. Siento miedo por todo lo que pudo haber sido. Solo sé que me quiero morir, que no aguento más el peso de la piedra sobre mi cabeza. Mis amigas: escucho todo lo que ellas me quisieron decir. Veo el ómnibus y las casas vacías, la rambla y el rosedal, toda la vida cabe en un hueso de aceituna. Hoy es un lindo día de sol. Veo el resplandor que apenas se insinúa en el techo de la habitación. Veo sus ojos detrás de la pared. Ella está ahí, está ahí afuera. Veo la pieza oscura y veo como un resplandor. Las cortinas, la ventana, el cielo, el frío, el sol, la calle, la luz. Veo el suelo. Allá está el suelo. Me llama la luz. El viento me golpea y me golpea la cara, de pronto. Me siento en el vacío. Siento el frío de la gravedad y el aire que golpea y golpea en mi cara; vuelo con ingratitud. No cierro los ojos. El descenso, pocos segundos y ya está. Veo la calle, ahora más cerca. Acá. Acá. Ahora. Ya.

41. Entró al salón.

Tomás entró al salón para comprar unas pilas para el despertador, porque ya se le habían gastado. El comercio era atendido por asiáticos: una mujer bastante joven, otra más joven aún y una vieja, posiblemente su abuela. La mujer de edad no hablaba ni una letra de nuestro idioma, la más dispuesta, sin dudas, era la menor de las tres. Tomás nunca supo su nombre, pero ella era paciente y dominaba el castellano bastante bien, así que solía tener breves charlas con ella.

La chica china era baja y muy joven, tenía el pelo atado atrás de la cabeza con una gomita fluorescente. Llevaba, pese a que no llovía ni hacía frío –cerrada hasta arriba y con el lazo cruzado– una gabardina beige claro que estaba manchada en los codos. La madre –que también era una mujer bastante joven– no hablaba bien el castellano, tal vez por eso se mantenía un poco callada y solo asentía con su cabeza. Le preguntaban *por qué, por qué* y se los quedaba mirando.

En muy pocas ocasiones Tomás llegaba al comercio antes de las seis, pero entonces todo se podía esperar, ya que eran momentos de cambios. A esa hora muchas veces estaban las tres mujeres solas. Él si bien no era metódico tenía una pequeña rutina antes de ir a su casa o al bar: pasaba por el salón a comprar unos cigarrillos rubios, su marca era Camel. No iba allí solo porque los vendían a mejor precio que los demás comercios de la zona, era una mínima manía, un impasse, un alto en el camino. No se distraía, sin embargo, apostando a la quiniela ni con una jugada de *Quino* o de *Lode*. Sabía muy bien que todos esperan cada fin de año que por fin surja la bonanza, pero él ya había

tirado sus dados una vez, sobre la mesa, y los tres fueron nones. En definitiva le gustaba ese lugar, ¿por qué no? Pensaba que ese sitio era vilmente decadente y a la vez acogedor. No como *Lo de León*; León Gorski, el enano. Pensaba nunca más, nunca más, y miró a la muchacha que esperaba detrás de la caja registradora. Se acercó, entonces, con confianza hasta el borde del mostrador y la joven lo miró y preguntó, como siempre:

—¿Camel?

—No, solo dame dos pilas.

—¿Dos pilas pequeñas?

—Dos pilas medianas.

La joven hizo un paquetito, sin mucha habilidad.

—¿Mucho trabajo hoy, señor? —preguntó ella.

—Muchas complicaciones.

—No se preocupe, señor. El mar siempre se lleva sus propias olas.

42. Tomás odiaba los velatorios.

Tomás odiaba los velatorios. Se había vestido de oscuro, no de negro pero con un traje azul marino, y estaba en uno de los extremos del salón, sentado. Estaba desde hacía un buen tiempo y el primer sentimiento, ese de querer salir huyendo del lugar, ya había desaparecido. Observaba todo desde su situación, desde aquel refugio que consideraba no menos que inexpugnable. Pensó en Luisa, pensó en Silvia Sotelo y en Leonor; también recordó a la esposa de Lasalle. Por un momento la cabeza se alejó de ese lugar y pudo sentirse a gusto consigo mismo. Había resuelto ir hasta la cafetería a tomarse un café para pasar un tiempo fuera de la sala, y después marcharse a su casa, bajo la lluvia; llovía casi sin parar desde el mediodía del domingo. En la cafetería había muy poca gente, estaban vacías las mesas de dos. Generalmente estos sitios se llenan de noche y en la madrugada, pero a esa hora solo están los jornaleros del lugar, barriendo, limpiando y doblando servilletas y manteles, y están también aquellos hombres solos que van muy temprano en la mañana antes de que empiece su jornada laboral, solo para cumplir un requisito. Pidió un café, no quería volver a su casa con aliento alcohólico. Luisa ya no lo iba a esperar despierta, no más. Tal vez por eso se entretuvo en la casa funeraria en vez de regresar enseguida. La cafetería era un lugar impersonal, una extensión de la recepción o de los pasillos, casi siempre vacíos e iluminados. Una vez que pagó el café subió al tercer piso, pero no entró en la sala diez, se metió en otra cualquiera. Levantó la vista y vio el número en bronce brillante: 325. Trescientos veinticinco, pensó, el

primer Concilio de Nicea. Nada importante. Había ahí un féretro abierto; eso era algo que le daba una gran impresión. Miró, casi de soslayo, era una mujer muy consumida, que no correspondía en volumen o presencia, a aquel ataúd enorme. La observó solo un momento; el color del rostro era agrisado. Prefirió dejar atrás enseguida ese lugar. Cuando salía se topó con una muchacha, frente a frente, casi chocan entre sí; él se disculpó y la joven bajó la cabeza. Vestía de forma informal y tenía la boca pintada de rosa pálido. Pudo ver un metálico tratamiento de ortodoncia. Tomás la siguió con la mirada: llevaba vaqueros gastados casi pegados al cuerpo, su buzo era anaranjado o de un suave color ladrillo. La chica iba acompañada de una mujer mayor, que podía ser su abuela; dejó a la mujer en una de las sillas y se dio vuelta y miró. Tomás no supo si lo buscaba a él o miraba solo hacia cualquier parte. Le pareció una chica muy linda y la quedó mirando de forma totalmente indiscreta. Pensó que ella también pensaba en él, que lo seguía con la mirada, y que –lo mismo que él– quería salir huyendo a un sitio apartado y más grato. Pensó en todo lo que le diría si la pudiese apartar de esa sala aunque fuera unos segundos. Cada vez que la joven miraba hacia algún lado, Tomás pensaba que lo buscaba a él, entre tanta gente que se encontraba en silencio. Por fin la chica salió de la habitación. Él la siguió, solo a dos pasos de distancia, el borde del buzo anaranjado se arrollaba a cada paso sobre sus caderas amplias y redondeadas. Tomás observó el nombre de la anciana en un letrero: Elisa Larrañaga Perdigón. Pasó, al lado, un cadete de la florería; rosas blancas para Santa Lucía, pero para Elisa solo un ramo barato de claveles y una palma. Seguía con la vista en el vaquero de la chiquilina, ella iba apurada. Caminó por el pasillo hasta la puerta del ascensor y se quedó esperando, por fin llegó y entraron juntos. Tomás acercó su cara sin

dilaciones y le preguntó si era una familiar, y qué hacía en ese sitio. La joven no le contestó nada. Él le dijo que le impresionaban los velatorios, pero que había ido por compromiso; ella tampoco contestó. Le dijo que se llamaba Tomás y le comentó que afuera había empezado a llover de nuevo. Por fin se abrió la puerta del ascensor. En la planta baja la joven se encontró con un hombre de unos cuarenta años de edad. Era alto y vestía de oscuro, tenía una enorme prótesis dental y despedía un fuerte olor a pollo frito. La joven habló unas pocas palabras con él, le dijo algo como en susurro. Tomás observaba todo a unos pasos del ascensor, tenía el acceso bloqueado. El hombre se fue acercando hasta donde estaba él y se paró al lado y enfrente; se veía molesto, estaba bastante alterado. Tenía un gesto de ira y al mismo tiempo de pesar. Le dijo:

—Señor, no lo queremos ver más por acá. Deje a la muchacha en paz y váyase o vamos a llamar a la policía.

—Usted se está equivocando... yo...

El hombre, sin advertirle una vez más, sin decir agua va o hacer algún gesto, le dio un golpe de puño en medio del estómago.

Tomás, apenas se pudo recuperar del revés, caminó en silencio hacia la salida, agarrándose el vientre. Dejó la recepción atrás, la pequeña escalera, la puerta de entrada y quedó solo en la calle. Sabía que cargaba sobre su espalda con el desprecio de toda la gente que estaba en la recepción, sentía que todo el mundo lo estaría juzgando. Miró el cielo, se dio cuenta de que había dejado adentro su paraguas. Llovía y hacía mucho frío.

Empezó a caminar empapándose el traje, los zapatos, la camisa, sentía un gran dolor en todo el vientre y escupía algo de sangre y saliva. Por un momento solo pensó en el dolor; eso era lo más cercano que sentía a la muerte.

Caminaba arrastrando su furia en cada paso; regresaba a su casa. Iba pensando en la chica y en otras muchas cosas. Estaba solo otra vez, otro día para el olvido. Si Luisa no hubiese sido así, si no hubiese sido tan estricta, las cosas no se hubiesen salido del cauce. Tendría que pensar cómo pagarle el dinero a la madre de Tenuta, cómo solucionar su matrimonio y qué hacer en casos como este. Sería gratificante pensar que algo le hubiese salido bien: *Borgino Riviera Inn*, por ejemplo. Rosas blancas para Santa Lucía, el duelo formal y necesario por la amiga de Silvia, una fatalidad, tan innecesaria como ese fin. A la joven apenas la conoció, fue en la casa de ella. Nada bueno podría rescatar de esa relación; el torpe desenfreno y ganancias pírricas. Silvia Sotelo era así: avasallante. Solo moteles céntricos y dolores de cabeza, el dinero mal gastado en un ramo de flores y la enemistad de algunos socios, era un fracaso. Había perdido otra vez, era un perro de costumbres. Llegó a su casa, pudo ver una luz encendida.

La sala estaba en bastante desorden. Había cosas acumuladas sobre la mesa y las sillas, y un montón de ropa sobre el sillón de tres cuerpos. Tomás fue adelantándose hacia las habitaciones del fondo y el panorama no era distinto. Lo primero que se le cruzó por la cabeza fue ir a su escritorio, revisó que estuviesen cerrados con llave los dos cajones laterales y que sobre la tapa se encontrara el portafolio. Luego fue hasta su habitación y registró su mesa de luz y los estantes del *placard* donde guardaba los objetos de valor, sí, ahí estaban. Caminó por el pasillo y entró en la sala de estar. Gritó:

—¡Luisa!

Y una vez más:

—¡Luisa!

Cruzó la antesala y llegó hasta la cocina. La casa había sido tragada por un aire espeso que había producido el silencio; podía escucharse, en la quietud, el ruido del motor del congelador de la heladera. Caminó hasta la puerta posterior, sí, se encontraba cerrada. Dio vuelta y recorrió –una vez más – la antesala y la cocina. Volvió a gritar:

–¡Luisa! ¡Luisa!

Miró a uno y otro lado, puso atención para poder escuchar el más insignificante sonido, pero era todo sosiego. Sobre la mesa auxiliar había una hoja de cuaderno, estaba escrita con lapicera de tinta verde. Se acercó un poco más, la recogió y se la quedó mirando. La nota decía así:

“Tuve que irme a la casa de mis padres. Mamá está muy enferma. No sé cuándo regreso. Hay pollo en la heladera. Creo que no hay pan. Virginia va a recogerme a la estación de San Jacinto y nos vamos en su auto hasta Carmelo. No llames por teléfono para contactarme, después de la última inundación las líneas están cortadas. No te preocupes si no recibís ninguna noticia, voy a estar bien en casa de mis padres. No creo que vayas a preocuparte mucho por eso, de todas formas. Dejo las cuentas sin pagar. No te olvides de regar las plantas y sacar a Douglas.

Luisa.”

Tomás releyó la carta, la leyó dos o tres veces, fue a la bandeja y pellizcó parte de la pechuga de pollo; le quedó impregnada en los dedos una costra grasa, que limpió contra la pared. Se sirvió un vaso de agua; era agua fría pero sin hielo. Dejó su saco, su camisa y el pantalón, mojados, sobre el respaldo de una silla, fue hasta el baño y regresó con una toalla de baño violeta. Se secó. Tomó, del raudal de ropa que había diseminada por todas partes, un conjunto deportivo; le quedaba

bastante holgado. Se lo puso. Tosió. Tosía con fuerza, de una forma espantosa. Se quitó las medias y se puso un par de pantuflas de cuero negro, fue hasta la sala y pescó del revistero el diario del domingo con su suplemento. Se echó sobre el sofá y quedó estirado, con un brazo sobre el respaldo. El silencio absoluto que invadía toda la casa interfería con lo que estaba leyendo. De pronto se vio tan solo, solo de nuevo, miró su cara reflejada en el espejo. Tendría que poner la mesa y prepararse el almuerzo. Estaba cansado y molesto.

Buscó y se detuvo en la página de turf, no lo convencía ningún caballo. Lo había decidido: al día siguiente gastaría todo al 325.

* * *

* *

*